CHAVS

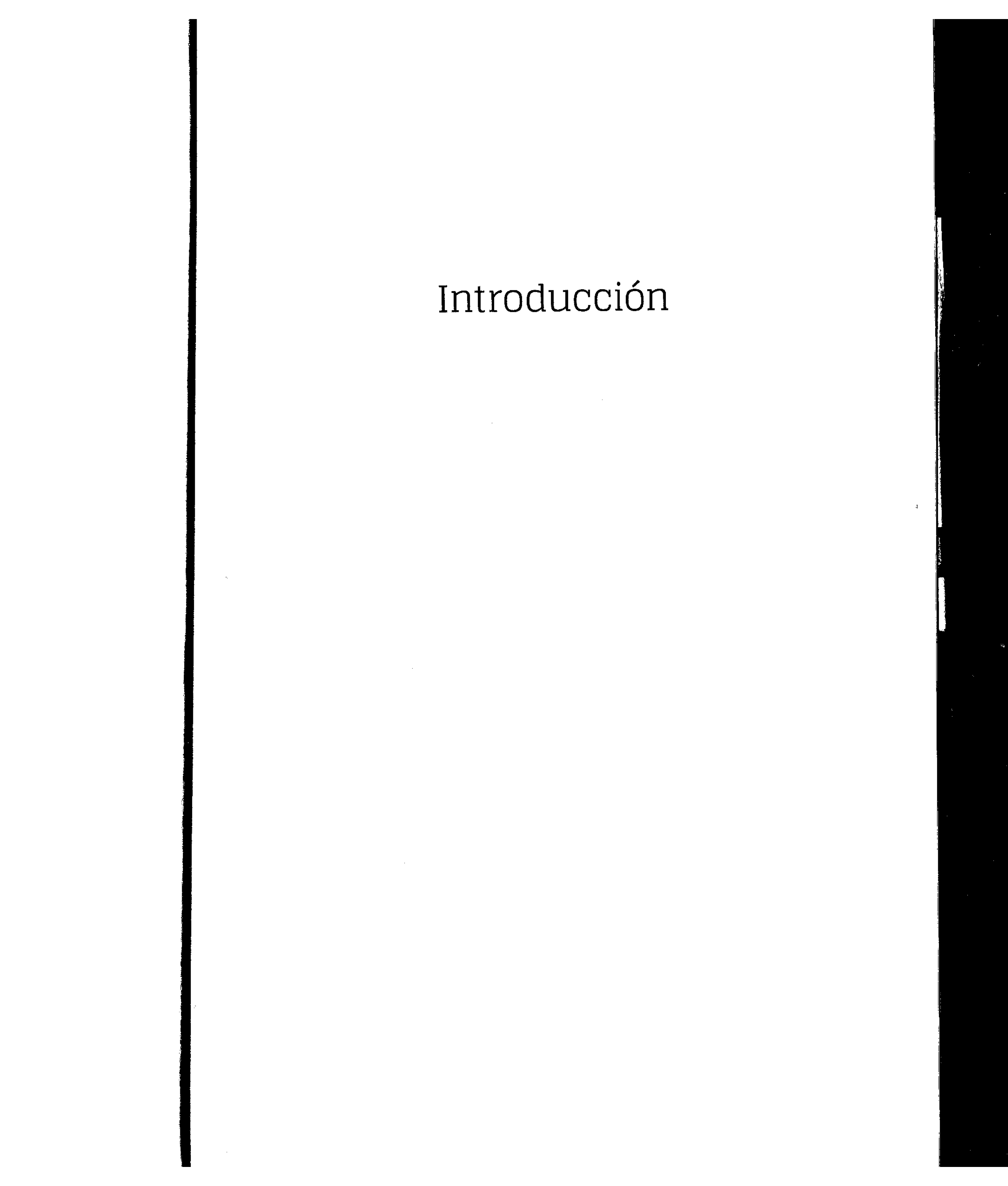
La demonización de la clase obrera

OWEN JONES

Traducción de
Íñigo Jáuregui

Capitán Swing

Introducción



Es una experiencia que todos hemos tenido. Estás entre un grupo de amigos o conocidos cuando de repente alguien dice algo que te choca: un comentario aparte o una observación frívola y de mal gusto. Pero lo más inquietante no es el comentario en sí, sino el hecho de que nadie parece sorprenderse lo más mínimo. Miras en vano a tu alrededor, buscando aunque sea una pizca de preocupación o muestras de bochorno.

Yo experimenté uno de esos momentos en la cena de un amigo, en una zona burguesa al este de Londres, una noche de invierno. Estaban cortando cuidadosamente la tarta de queso y la conversación había derivado hacia el tema de moda, la crisis del crédito. De pronto, uno de los anfitriones intentó animar la velada con un chiste desenfadado.

> Qué lástima que cierre Woolworth's. ¿Dónde van a comprar todos los *chavs*[1] sus regalos navideños?

Ahora bien, él nunca se consideraría un intolerante, ni ningún otro de los presentes, porque, al fin y al cabo, todos eran profesionales cultos y de mente abierta. Sentadas a la mesa había personas

---

[1] Término peyorativo para referirse a la subcultura de la clase trabajadora inglesa (sobre todo a los jóvenes, aunque no solo). Según este estereotipo, llevan ropa deportiva de marca, bisutería llamativa, viven de las prestaciones y en viviendas sociales. Como las palabras españolas «chaval» y «chavó», es de origen gitano, y en último término proviene del término sánscrito *yayan*, «joven». El traductor agradece a Rodrigo Navia-Osorio sus generosas y útiles aclaraciones sobre algunos pasajes de este libro. *(N. del T.)*

de más de un grupo étnico. La división por sexos era del 50%, y ni todo el mundo era hetero. Todos se hubieran situado políticamente en algún lugar a la izquierda del centro. Se habrían enfadado al ser tachados de elitistas. Si un extraño hubiera ido esa noche y se hubiera avergonzado a sí mismo empleando una palabra como «paki» o «maricón», lo habrían expulsado rápidamente del apartamento.

Pero nadie rechistó ante un chiste sobre *chavs* que compran en Woolies. Al contrario, todos se rieron. Dudo que muchos supieran que este término despectivo proviene de la palabra gitana para «niño», ni era probable que estuvieran entre los cien mil lectores de *El pequeño libro de los chavs*, una obra sesuda que describe a los *chavs* como «la floreciente subclase palurda». Si lo hubieran cogido del expositor de una librería para echarle una rápida hojeada, habrían aprendido que los *chavs* suelen trabajar de cajeros en los supermercados, de empleados en restaurantes de comida rápida y de limpiadores. Pero en el fondo todos debían de saber que *chav* es una palabra insultante exclusivamente dirigida a gente de clase trabajadora. El «chiste» se podría haber reformulado fácilmente así: «Qué lástima que cierre Woolworth's. ¿Dónde van a comprar las repugnantes clases bajas sus regalos navideños?».

Y con todo, ni siquiera fue *lo que se dijo* lo que más me molestó, sino *quién* lo dijo, y quién participó de las risas. Todos los que estaban sentados alrededor de esa mesa eran profesionales bien remunerados. Lo admitieran o no, debían su éxito, más que nada, a su origen. Todos crecieron en confortables hogares de clase media, por lo general en barrios residenciales. Algunos se educaron en costosos colegios privados, y la mayoría había estudiado en universidades como Oxford, LSE o Bristol. Las posibilidades de que alguien de clase trabajadora terminara como ellos eran, como mínimo, remotas. Ahí estaba yo, presenciando un fenómeno que se remonta cientos de años atrás: los ricos burlándose de los menos pudientes.

Y eso me dio que pensar. ¿Por qué el odio a la gente de clase trabajadora se ha vuelto tan aceptable socialmente? Cómicos multimillonarios educados en colegios privados se visten de *chavs* para divertirnos en telecomedias como *Little Britain*. Nuestros periódicos van a la caza desesperada de historias terroríficas sobre

«la vida entre los *chavs*» y las hacen pasar por representativas de las comunidades trabajadoras. Sitios web como «ChavScum» (escoria *chav*) rebosan veneno dirigido a la caricatura *chav*. Parece como si la clase trabajadora fuera el único grupo social del que puedes decir prácticamente cualquier cosa.

* * *

Costaría encontrar alguien en Gran Bretaña que odie tanto a los *chavs* como Richard Hilton. El señor Hilton es director general de Gymbox, una de las más exitosas incorporaciones a la floreciente escena del *fitness* londinense. Conocido por poner nombres creativos a sus clases de gimnasia, Gymbox está descaradamente dirigido a fanáticos del *fitness* con posibles, pues para hacerse socio hay que pagar una exorbitante cuota de inscripción de 175£, además de una cantidad mensual de 72£. Como explica el propio Hilton, Gymbox se creó para explotar las inseguridades de su clientela, formada predominantemente por profesionales y oficinistas. «Los clientes estaban pidiendo clases de defensa personal porque les daba miedo vivir en Londres», dice.

En la primavera de 2009, Gymbox anunció una novedad que se sumaba a su ya ecléctica oferta de clases (incluyendo el Aerobic Pechugón, el Baile en Barra y el Boxeo Zorrón): la Lucha *Chav*. «No des a los gruñones y malhumorados *chavs* una ASBO»,[2] instaba su web, «dales una patada». El resto de su cháchara promocional tampoco se andaba con miramientos, en la voz de un justiciero con buen dominio de las relaciones públicas. «Olvídate de robarle el caramelo a un niño. Nosotros te enseñaremos a quitarle un Bacardi a un macarra y a convertir un gruñido en un gemido. Bienvenido a la lucha *chav*, un lugar donde el saco de boxeo acumula polvo y se arregla el mundo.» Los folletos eran aún más directos. «¿Por qué

[2] Orden de arresto por comportamiento antisocial. Mantendremos el acrónimo en todo el texto. *(N. del T.)*

perfeccionar tus habilidades en sacos de boxeo o tablas de madera cuando puedes tumbar a unos cuantos *chavs*?... Un mundo donde los Bacardi Breezers son tu espada y las ASBOs tu trofeo.»

Hubo algunos que creyeron que la glorificación de apalizar gente era pasarse de la raya. Cuando se recurrió al Consejo Regulador de Publicidad (ASA), Gymbox respondió con tecnicismos. Alegaron que no era ofensivo porque «nadie en la sociedad admitiría ser un *chav*; no era un grupo al que la gente quisiera pertenecer». Sorprendentemente, la ASA absolvió a Gymbox con el argumento de que era improbable que las clases de lucha *chav* «aprobaran o incitaran a la violencia contra determinados grupos sociales...».

Hay que hablar con Richard Hilton para apreciar la hondura del odio que inspira la clase social. Tras definir a los *chavs* como «chicos de la calle vestidos de Burberry», continuó con su explicación:

> Suelen vivir en Inglaterra pero probablemente pronuncian «Inlaterra». Les cuesta expresarse y tienen poca capacidad para escribir sin faltas. Adoran sus *pitbulls* y sus navajas, y te «pincharán» alegremente si les rozas accidentalmente al pasar o no les gusta cómo les miras. Suelen procrear a la edad de quince años y pasan casi todo el día tratando de conseguir «maría» o cualquier «trapo» que puedan trincar con sus sudorosas manos adolescentes. Si no están internados a los veintiuno, se les considera bastiones de la comunidad o se ganan «mucho respeto» por tener suerte.

No es de extrañar que, al ser preguntado si corrían malos tiempos para los tales *chavs* en Inglaterra, su respuesta fuera categórica: «No, se lo merecen».

Al parecer la clase fue un éxito entre la gente que va a los gimnasios. Tras describirla como «una de las clases más populares que nunca hemos ofertado», Hilton afirmó que: «Casi todo el mundo se identificó con ella y la disfrutó. Unos pocos de la brigada policial se sintieron ofendidos.» Y sin embargo, sorprendentemente, Hilton no se considera un intolerante, ¡todo lo contrario! El sexismo, el racismo y la homofobia, por ejemplo, eran «completamente inaceptables».

Empresario extremadamente exitoso, Richard Hilton ha explotado el miedo y el odio que sienten algunos londinenses de clase media hacia las clases bajas. Es una imagen convincente: sudorosos banqueros de la City descargando sus frustraciones inducidas por la recesión sobre chavales pobres y semisalvajes. Bienvenido a Gymbox, donde la lucha de clases se mezcla con el *fitness*.

Es fácil quedarse de piedra ante el impúdico odio de Hilton, pero él ha descrito crudamente una imagen del adolescente de clase obrera muy extendida entre la clase media. Corto. Violento. Delincuente. «Procreando» como animales. Y, por supuesto, estos *chavs* no son elementos aislados: después de todo, se les considera «bastiones de la comunidad».

Gymbox no es la única compañía británica que ha explotado el horror de la clase media hacia amplios sectores de la clase trabajadora británica. Actividades en el Extranjero es una agencia de viajes que ofrece vacaciones con exóticas aventuras y tarifas que a menudo superan las 2.000£: safaris con perros esquimales en la naturaleza canadiense, vacaciones en cabañas de troncos en Finlandia, cosas por el estilo. Ah, pero que los *chavs* no se molesten en solicitarlas. En enero de 2009 la compañía envió un correo promocional a 24.000 clientes de su base de datos, donde se citaba un artículo de 2005 que demostraba que los niños con nombres de «clase media» tenían ocho veces más probabilidades de aprobar su examen final de secundaria que los que tenían nombres como «Wayne y Dwayne». Las conclusiones les habían llevado a preguntarse qué tipo de nombres sería probable encontrar en un viaje de Actividades en el Extranjero.

De modo que el equipo había hecho un rastreo en su base de datos, y apareció con dos listas: una de nombres que era «probables» encontrar en una de sus vacaciones, y otra de los que no. Alice, Joseph y Charles figuraban en la primera lista, pero las excursiones de Actividades en el Extranjero eran una zona libre de Britneys, Chantelles y Dazzas. Concluyeron que podían prometer legítimamente «vacaciones con actividades libres de *chavs*».

De nuevo, no a todo el mundo le hizo gracia, pero la empresa se mantuvo en sus trece. «Creo que ya es hora de que las clases

medias se hagan valer», declaró el director general Alistair McLean. «Al margen de que sea lucha de clases o no, yo no tengo ningún reparo en proclamarme de clase media.»[3]

Cuando hablé con Barry Nolan, uno de los directores de la compañía, se mostró igual de desafiante. «Los más enfadados eran lectores del *Guardian* que mostraban una falsa indignación porque no viven cerca de ellos», dijo. «Conectó con el tipo de gente que podía contratar sus vacaciones con nosotros. Resultó ser un éxito increíble entre nuestros clientes.» Según parece, el negocio experimentó un aumento del 44% en las ventas en el periodo que siguió a la polémica.

Gymbox y Actividades en el Extranjero han adoptado puntos de vista ligeramente distintos. Gymbox aprovechaba los miedos de la clase media a que sus inferiores sociales fueran una turba violenta que estuviera esperando para matarlos a navajazos en algún callejón oscuro. Actividades en el Extranjero explotó la aversión a los vuelos baratos, que permitían a la gente de clase trabajadora «invadir» el espacio de clase media de las vacaciones en el extranjero. «Hoy en día ni siquiera puedes huir al extranjero para escapar de ellos», este tipo de ideas.

Pero ambos eran una muestra de cómo es el odio dominante de la clase media hacia la clase trabajadora en la Inglaterra actual. El ataque a los *chavs* se ha convertido en una forma de ganar dinero porque toca un punto sensible. Esto resulta aún más obvio cuando una historia poco representativa que aparece en titulares se utiliza como gancho conveniente para «probar» el discurso anti*chav*.

Cuando el exconvicto Raoul Moat escapó tras matar a tiros al compañero de su expareja en julio de 2010, se convirtió en un antihéroe para unas pocas de las personas de clase trabajadora más marginadas del país. Un criminólogo, el profesor David Wilkinson, afirmó que aquel estaba «explotando la mentalidad masculina, desposeída, de clase trabajadora blanca, según la cual no puede abrirse camino legítimamente en el mundo, así que Moat, comportándose como lo hizo, como esta especie de antihéroe, ha tocado,

[3] Michael Kerr, «A "chav-free" break? No thanks», *Daily Telegraph*, 21 de enero 2009.

toca un punto sensible». Los blancos de clase trabajadora se habían visto reducidos de un plumazo a unos simiescos macarras sin aspiraciones legítimas. Internet fue el escenario de una batalla campal. Véase este comentario en la página web del *Daily Mail*:

> Mirad a vuestro alrededor, en el supermercado, en el autobús y ahora cada vez más en la calle. Encontraréis grupos cada vez más numerosos de tatuados, ruidosos y malhablados proletas seguidos de mugrientos mocosos, que son incapaces de responder o incluso de reconocer la cortesía más básica y no conciben estar equivocados en nada. Esta es la gente que se emociona con un asesino despiadado. No tienen valores ni moral y son tan cortos que no pueden redimirse. Es mejor evitarlos.[4]

Esta forma de odio de clase se ha convertido en parte integral y respetable de la cultura británica actual. Está presente en los periódicos, telecomedias, películas, foros de internet, redes sociales y conversaciones cotidianas. En el corazón del fenómeno *chav* hay un intento de ocultar la realidad de la mayoría de la clase trabajadora. «Ahora somos de clase media», reza el mantra generalizado, todos excepto unos pocos irresponsables y recalcitrantes flecos de la vieja clase obrera. Simon Heffer, uno de los periodistas conservadores más prominentes del país, es un firme defensor de esta teoría y a menudo ha afirmado que «lo que se conocía como "respetable clase trabajadora" casi se ha extinguido. Lo que los sociólogos daban en llamar la clase trabajadora ahora no suele trabajar en absoluto, sino que vive del Estado de bienestar».[5] Ha dado paso a lo que él llama una «subclase salvaje».

Cuando le pregunté qué quería decir con eso, replicó: «La respetable clase trabajadora se ha extinguido en gran parte por causas justificadas, porque tenía aspiraciones y porque la sociedad aún proveía los medios para aspirar». Habían ascendido en la escala social porque «han ido a la universidad, han conseguido trabajo en

[4] Dominic SandBrook, «A perfect folk hero for our times: Moat's popularity reflects society's warped values», en la web del *Daily Mail* (http://www.dailymail.co.uk/).

[5] Simon Heffer, «We pay to have an underclass», *Daily Telegraph*, 29 de agosto 2007.

oficios o profesiones administrativas y se han vuelto de clase media». Una pregunta interesante es dónde encajan en todo esto los millones de personas que seguían en ocupaciones manuales o la mayoría de los que no habían ido a la universidad. No obstante, según Heffer, en realidad hay dos grupos principales en la sociedad británica: «Ya no existen familias que vivan en condiciones humildes y respetables generación tras generación. O se convierten en clientes del Estado de bienestar y pasan a engrosar la subclase, o se vuelven de clase media».

Este es el modelo social visto a través de los ojos de Heffer. Gente agradable de clase media por un lado y un irredimible detritus por el otro (la «subclase» que representa «la parte de la clase trabajadora sin ambición ni aspiraciones»), sin nada entremedias. Esto no guarda ninguna relación con cómo está estructurada realmente la sociedad, pero ¿por qué habría de hacerlo? Después de todo los periodistas que escriben esto tienen poco contacto, si tienen alguno, con la gente que desprecian. Heffer es un típico exponente de clase media, vive en el campo y lleva a sus hijos a Eton. En un momento dado admite «no saber mucho de la subclase», algo que no le ha impedido fustigarlos repetidamente.

Los hay que defienden el uso de la palabra *chav* y afirman que, en realidad, la clase trabajadora no está demonizada en absoluto; *chav* se usa simplemente para designar a gamberros antisociales y a pandilleros. Esto es cuestionable. Para empezar, las víctimas son exclusivamente de clase trabajadora. Cuando *chav* apareció por primera vez en el diccionario Collins de inglés, se definió como «joven de clase trabajadora que se viste con ropa deportiva e informal». Desde entonces su significado se ha ampliado de forma reveladora. Un mito urbano lo convierte en acrónimo de «violento que vive en casas municipales».[6] Muchos lo emplean para mostrar su aversión a la gente de clase trabajadora que ha abrazado el consumismo solo para gastar su dinero de manera supuestamente basta y chabacana, en vez de con la discreta elegancia de la burguesía. Figuras procedentes de la clase trabajadora como

[6] En inglés, «Council House Violent». *(N. del T.)*

David Beckham, Wayne Rooney o Cheryl Cole, por ejemplo, son parodiados habitualmente como *chavs*.

Ante todo, el término *chav* engloba actualmente cualquier rasgo negativo asociado a la gente de clase trabajadora —violencia, vagancia, embarazos en adolescentes, racismo, alcoholismo y demás—. Como escribió la periodista del *Guardian* Zoe Williams: «*chav* puede haber atraído el interés popular por parecer que expresaba algo original —no solo escoria, amigos, sino escoria vestida de Burberry—, pero ahora cubre una base tan amplia que se ha convertido en sinónimo de "proleta" o de cualquier palabra que signifique "pobre y por lo tanto despreciable"».[7] Hasta Christopher Howse, eminente columnista del conservador *Daily Telegraph*, objetaba que «mucha gente usa *chav* como cortina de humo para encubrir su odio a las clases bajas... Llamar *chavs* a la gente no es mejor que cuando los chicos de colegios privados llaman "palurdos" a los de pueblo».[8]

Los *chavs* a menudo son tratados como sinónimos de «clase trabajadora blanca». La temporada del 2008 de *White* (blancos) de la BBC, una serie de programas dedicados a la misma clase, fue un ejemplo clásico, al retratar a sus miembros como retrógrados, intolerantes y obsesionados con la raza. De hecho, mientras que la «clase trabajadora» se convirtió en un concepto tabú en el periodo posterior al thatcherismo, de la «clase blanca trabajadora» se hablaba cada vez más a comienzos del siglo XXI.

Porque «clase» había sido durante mucho tiempo una palabra prohibida en la vida política, y las únicas desigualdades debatidas por políticos y medios de comunicación eran las raciales. La clase blanca trabajadora se había convertido en otra minoría étnica marginada, y eso suponía que todas sus preocupaciones se entendían únicamente a través del prisma de la raza. Se empezó a presentar como una tribu perdida en el lado equivocado de la Historia, desorientada por el multiculturalismo y obsesionada con defender su identidad de los estragos de la inmigración en masa. El nacimiento de la idea de una «clase trabajadora blanca» fomentó un nuevo

[7] Zoe Williams, «The chavs and the chav-nots», *Guardian*, 16 de julio 2008.
[8] Christopher Howse, «Calling people chavs is criminal», *Daily Telegraph*, 17 de julio 2008.

fanatismo progresista. Estaba bien odiar a los blancos de clase trabajadora porque ellos mismos eran un hatajo de racistas intolerantes.

Una justificación del término *chav* señala que «los propios *chavs* lo utilizan, así que, ¿cuál es el problema?». Tienen un argumento: algunos jóvenes de clase trabajadora han adoptado la palabra como un rasgo de identidad cultural. Pero el significado de una palabra a menudo depende de quién la emplee. En boca de un heterosexual, «marica» es clara y profundamente homofóbico; pero algunos gays se lo han apropiado orgullosamente como seña de identidad. De forma similar, aunque «paki» es uno de los términos racistas más insultantes que puede usar un blanco en Inglaterra, algunos jóvenes asiáticos lo emplean como un término cariñoso hacia los suyos. En 2010 una polémica en la que anduvo implicada la controvertida locutora derechista estadounidense Laura Schlessinger ilustró gráficamente esta cuestión. Tras emplear once veces la palabra «negrata» en antena durante una conversación con un oyente afroamericano, trató de defenderse con el argumento de que los cómicos y actores negros la utilizan.

En todos los casos, el significado de la palabra depende del hablante. En boca de alguien de clase media, *chav* se convierte en un término de puro desprecio de clase. Liam Cranley, hijo de un operario de fábrica que creció en una comunidad de clase trabajadora del área metropolitana de Manchester, me describe su reacción cuando alguien de clase media utiliza la palabra: «Estás hablando de mi familia: estás hablando de mi hermano, de mi madre, de mis amigos».

Este libro analizará cómo el odio a los *chavs* no es ni mucho menos un fenómeno aislado. En parte es producto de una sociedad con profundas desigualdades. «En mi opinión, uno de los efectos clave de una mayor desigualdad es avivar sentimientos de superioridad e inferioridad en la sociedad», dice Richard Wilkinson, coautor del pionero *Desigualdad. Un análisis de la (in)felicidad colectiva*,[9] un libro que demuestra eficazmente el vínculo entre desigualdad y toda una gama de problemas sociales. Y, de hecho, la desigualdad es hoy mucho mayor que en casi toda nuestra historia.

[9] Publicado en castellano por la editorial Turner (Madrid, 2009). *(N. del T.)*

«Una desigualdad generalizada es algo extremadamente reciente para casi todo el mundo», sostiene el profesor de geografía humana y «experto en desigualdad» Danny Dorling.

Demonizar a los de abajo ha sido un medio conveniente de justificar una sociedad desigual a lo largo de los siglos. Después de todo, en abstracto parece irracional que por nacer en un sitio u otro unos asciendan mientras otros se quedan atrapados en el fondo. Pero ¿qué ocurre si uno está arriba porque se lo *merece*? ¿Y si los de abajo están ahí por falta de habilidad, talento o determinación?

Pero el asunto va más allá de la desigualdad. En la raíz de la demonización de la gente trabajadora está el legado de una auténtica lucha de clases británica. El ascenso al poder de Margaret Thatcher en 1979 marcó el comienzo de un asalto total a los pilares de la clase trabajadora británica. Sus instituciones, como los sindicatos y las viviendas de protección oficial, fueron desmanteladas; se liquidaron sus industrias, de las manufacturas a la minería; sus comunidades quedaron, en algunos casos, destrozadas y nunca más se recuperaron; y sus valores, como la solidaridad y la aspiración colectiva, fueron barridos en aras de un férreo individualismo. Despojada de su poder y ya no vista como una orgullosa identidad, la clase trabajadora fue cada vez más ridiculizada, menospreciada y utilizada como chivo expiatorio. Estas ideas se han impuesto, en parte, por la expulsión de la gente de clase trabajadora del mundo de la política y los medios de comunicación.

Los políticos, especialmente los del Partido Laborista, antiguamente hablaban de mejorar las condiciones de la clase obrera. Pero el consenso actual solo gira en torno a escapar de la clase trabajadora. Los discursos de los políticos están salpicados de promesas para ampliar la clase media. La «aspiración» se ha redefinido hasta significar enriquecimiento personal: trepar por la escala social y convertirse en clase media. Problemas sociales como la pobreza y el desempleo en otro tiempo eran considerados injusticias derivadas de fallos internos del capitalismo que, como mínimo, debían abordarse. Pero hoy se han empezado a considerar consecuencias del comportamiento personal, de defectos individuales e incluso de una elección.

La difícil situación de algunas personas de clase trabajadora se presenta comúnmente como una «falta de ambición» por su parte. Se achaca a sus características individuales, más que a una sociedad profundamente desigual organizada en favor de los privilegiados. En su forma extrema, esto ha llevado incluso a un nuevo darwinismo social. Según el psiquiatra evolutivo Bruce Charlton, «los pobres tienen un coeficiente de inteligencia más bajo que el de gente más adinerada... y esto significa que un porcentaje mucho menor de gente de clase trabajadora que de clase profesional podrá cumplir los requisitos normales para entrar en las universidades más selectivas».[10]

La caricatura *chav* lleva camino de situarse en el centro de la vida política británica en los años venideros. Tras las elecciones generales de 2010, un Gobierno conservador dominado por millonarios asumió el poder con un agresivo programa de recortes sin parangón desde principios de los años veinte. La crisis económica global iniciada en 2007 bien pudo haber sido desencadenada por la codicia e incompetencia de una próspera élite bancaria, pero era —y es— la clase trabajadora la que supuestamente debía pagar por ello. Pero cualquier intento de destruir el Estado de bienestar está sembrado de dificultades políticas, y por eso el Gobierno recurrió rápidamente a culpar a sus usuarios.

Véase el caso de Jeremy Hunt, un destacado ministro conservador con una fortuna estimada de 4,1 millones de libras. Para justificar la supresión de las prestaciones sociales, argumentó que los beneficiarios de larga duración deberían «responsabilizarse» del número de hijos que tenían, y que el Estado ya no financiaría familias numerosas desempleadas. En realidad, solo el 3,4% de las familias con prestaciones de larga duración tienen cuatro o más hijos. Pero Hunt explotaba el viejo prejuicio de que los de abajo procrean sin control, al tiempo que invocaba la caricatura sensacionalista de la desaliñada madre soltera que exprime el sistema de prestaciones teniendo muchos hijos. El propósito estaba claro:

[10] Emily Pykett, «Working classes are less intelligent, says evolution expert», *Scotsman*, 22 de mayo 2008.

ayudar a justificar un ataque más amplio sobre algunos de los miembros más vulnerables de la clase trabajadora del país.

El objetivo de este libro es exponer la demonización de la clase trabajadora, pero no pretende demonizar a la clase media. Todos somos prisioneros de nuestra clase, pero eso no significa que tengamos que ser prisioneros de nuestros prejuicios de clase. Asimismo, no trata de idolatrar o glorificar a la clase trabajadora. Lo que propone es mostrar algunas realidades de la mayoría de la clase trabajadora que se han ocultado en favor de la caricatura *chav*.

Ante todo, este libro no está simplemente pidiendo un cambio de mentalidad en la gente. El prejuicio de clase es parte integrante de una sociedad profundamente dividida por la clase. En última instancia no es el prejuicio lo que debemos afrontar, sino la fuente de la que nace.

01

El extraño caso de Shannon Matthews

«Toda persona de clase media tiene un prejuicio de clase latente que se despierta con cualquier cosa... La idea de que la clase trabajadora ha sido absurdamente mimada y completamente desmoralizada por subsidios, pensiones, educación gratuita, etc. [...] aún goza de gran predicamento; únicamente se ha visto algo sacudida, tal vez, por el reciente reconocimiento de que el desempleo existe.»

GEORGE ORWELL, *El camino a Wigan Pier*

¿Por qué la vida de una niña importa más que la de otra? Aparentemente, las desapariciones de Madeleine McCann en mayo de 2007 y la de Shannon Matthews en febrero de 2008 guardan semejanzas asombrosas. Ambas víctimas eran niñas indefensas. Ambas desaparecieron sin dejar rastro: Madeleine de su dormitorio mientras dormía y Shannon cuando volvía a casa de clase de natación. Ambos casos incluyeron lacrimosos llamamientos de madres devastadas que apretaban los juguetes favoritos de sus amadas hijas e imploraban que regresaran sanas y salvas. Es cierto que mientras Madeleine desapareció en un complejo hotelero para gente bien en el Algarve portugués, Shannon lo hizo en las calles de Dewsbury, al este de Yorkshire. Además, en ambos casos el público se vio frente a la misma incomparable angustia de una madre que ha perdido a su hija.

Pero más de nueve meses y algunos cientos de millas separaban ambos casos. Pasados quince días, los periodistas británicos habían escrito 1.148 historias sobre Madeleine McCann. Se había ofrecido la friolera de 2,6 millones de libras como recompensa por devolverla a sus padres. Entre los donantes más destacados figuraban los periódicos *News of the World* y *The Sun*, sir Richard Branson, Simon Cowell y J. K. Rowling. La niña desaparecida pronto se convirtió en un nombre familiar.

La desaparición de Madeleine no fue el típico circo mediático. El caso se convirtió en un trauma nacional. Como una especie de macabro programa de telerrealidad, cada pequeño detalle era transmitido a los salones de un sobrecogido público británico. Los

canales de noticias enviaron a sus presentadores más famosos a informar en vivo desde el Algarve. Se colgaron carteles con primeros planos de su característico ojo derecho en los escaparates de las tiendas de todo el país, como si por alguna razón la desconcertada niña de tres años fuera a ser hallada vagando por las calles de Dundee o Aberystwyth. Algunos diputados se pusieron cintas amarillas en solidaridad. Compañías multinacionales colgaron los mensajes de «ayuda a encontrar a Madeleine» en sus sitios web. El resultado fue algo parecido a una histeria masiva.

Qué contraste con la lastimosa respuesta a la desaparición de Shannon Matthew. Al cabo de dos semanas, el caso había recibido un tercio de la cobertura mediática otorgada a McCann en el mismo periodo. No hubo ninguna unidad destacada en Dewsbury, ni políticos con cintas de colores, ni mensajes de «ayuda a encontrar a Shannon» parpadeando en las webs de las empresas. Se había ofrecido por encontrarla la relativamente mísera suma de 25.500£ (aunque más tarde subió a 50.000£), casi toda aportada por el *Sun*. Si hubiera que guiarse por el dinero, la vida de Madeleine McCann se había considerado cincuenta veces más valiosa que la de Shannon Matthews.

¿Por qué Madeleine? Algunos comentaristas fueron sorprendentemente honestos sobre por qué, de todas las injusticias en el mundo, la tragedia de esta pequeña fue la que provocó tal angustia. «Este tipo de cosas no suele ocurrir a gente como nosotros», se lamentaba Allison Pearson en el *Daily Mail.*[11] A lo que Pearson se refería con gente como ella era a gente de confortables entornos de clase media. Secuestros, apuñalamientos, asesinatos; esas son cosas que casi esperas que ocurran a los que viven en Peckham o Glasgow. Este tipo de tragedia no era de esperar que ocurriera a personas que podías encontrarte haciendo la compra semanal en Waitrose.

La angustia de Pearson ante la desgracia de Madeleine fue igualada únicamente por su falta de compasión en el caso de Shannon Matthews. Y fue por la misma razón: el entorno de la

[11] Citado por Peter Wilby, «The nursery-tale treatment of a real-life nightmare», *Guardian*, 14 de mayo 2007.

pequeña. Incluso cuando la policía estaba perdiendo la esperanza de encontrar a Shannon con vida, Allison Pearson se entregó a una [illegible] invectiva sobre sus circunstancias familiares. «Como muchos de los niños de hoy, Shannon Matthews ya era una víctima de una situación doméstica caótica, causada por los padres a sus hijos inocentes, mucho antes de que desapareciera en la fría noche de febrero.»[12] Fue la única incursión de Pearson en el caso. Pero cuando los McCann entraron en la línea de fuego por haber dejado a su pequeña sola en el apartotel del que Madeleine fue raptada, ella fue uno de sus más firmes defensores. «Lo cierto es que los McCann no fueron negligentes», dijo con decisión. «Ninguno de nosotros debería atreverse a juzgarlos, porque ellos se juzgarán terriblemente durante el resto de sus vidas.»[13]

La solidaridad de la clase media fue compartida por India Knight en el más distinguido *Times*. «El complejo hotelero al que fueron los McCann pertenece al grupo turístico de Mark Warner, especializado en ofrecer vacaciones para toda la familia a las clases medias», confesó. Lo bueno de un centro así era que «estaban poblados por tipos reconocibles» y que en ellos podías suspirar aliviado y pensar «Todos son como nosotros». No eran lugares en los que esperarías encontrar «el tipo de gente que pega a sus propios hijos en Sainsbury's».[14] Estas son confesiones reveladoras. El sincero dolor de estos columnistas no se debía simplemente al secuestro de una pequeña. Estaban afligidos, básicamente, porque era de clase media.

Es fácil comprender por qué la familia McCann resultaba tan atractiva a los periodistas de clase media. Los padres eran profesionales de la medicina de un elegante barrio residencial a las afueras de Leicestershire. Iban regularmente a misa. Como pareja eran fotogénicos, iban bien arreglados y rebosaban salud. Fotografiados cuidando amorosamente de sus bebés gemelos, representaban un retrato casi idealizado de la vida familiar de clase

[12] Allison Pearson, «Poor Shannon was already a lost child», *Daily Mail*, 27 de febrero 2008.
[13] Allison Pearson, «98 words that broke my heart», *Daily Mail*, 9 de mayo 2007.
[14] India Knight, «Every mother's nightmare», *The Times*, 6 de mayo 2007.

media. La empatía por su desgracia llegó espontáneamente al corazón de gente como Allison Pearson e India Knight, porque las vidas de los McCann eran parecidas a las suyas.

El contraste con la familia Matthews no podía haber sido mayor. Shannon creció en un barrio empobrecido de una vieja ciudad industrial del Norte. Su madre, Karen, tuvo siete hijos de relaciones con cinco hombres diferentes. No trabajaba, mientras que su compañero, Craig Meehan, era pescadero en un supermercado. La señora Matthews apareció ante el mundo mal vestida, con el pelo echado hacia atrás, el rostro adusto, sin maquillaje y aparentando mucho más de treinta y dos años. Un encorvado señor Meehan permanecía de pie junto a ella vestido con gorra de béisbol, sudadera y pantalón de chándal. Definitivamente no eran «gente como nosotros».

El caso simplemente no podía provocar la misma respuesta entre periodistas predominantemente de clase media. Y así fue. Roy Greenslade, antiguo redactor del *Daily Mirror*, no tenía dudas sobre la escasa cobertura mediática: «Dominándolo todo está la clase social.»[15] ¿Esto era injusto? Sería difícil explicar por qué otro motivo, aun en la primera semana de la desaparición de Matthews, los periódicos seguían optando por sacar en primera plana que alguien podía haber visto a Madeleine nueve meses después de que hubiera desaparecido.

El entorno de Shannon estaba muy lejos de la experiencia de los periodistas que cubrían ese tipo de historias. No hace falta caer en la cháchara psicológica para comprender por qué los que escriben y presentan las noticias estaban tan obsesionados con «Maddie» mientras desplegaban escaso interés por una niña desaparecida en una barriada del norte. «Dewsbury Moor no es ningún paraíso de los condados londinenses ni tampoco un complejo turístico portugués», comentó un periodista del *Times*, en un intento de explicar por qué Shannon no suscitaba ningún frenesí mediático. «Está al norte, es una sombría mezcla de bloques de viviendas protegida con enlucido granuloso y páramos abandonados, y está poblado por gente capaz de confirmar los peores estereotipos y prejuicios

[15] Roy Greenslade, «Why is missing Shannon not getting the same coverage as Madeleine?», *Guardian*, 5 de marzo 2008.

de la subclase blanca.» Difícilmente pudo pasar por alto el sufrimiento de algunos vecinos, pero le pareció que otros «solo parecían dispuestos a tratar el drama de una niña desaparecida como una especie de juego excitante que ha aliviado la monotonía de la vida en el umbral de la pobreza».[16]

Comentarios así abren una ventana a las mentes de los educados gacetilleros de clase media. Han dado con un territorio extraño y desconocido. Después de todo, no conocían a nadie que hubiera crecido en esas condiciones. No es sorprendente que les resultara difícil identificarse con ellos. «Sospecho que, en general, muchos periodistas nacionales, la gente que habrá subido al norte para cubrir la noticia, habrán entrado en un mundo nuevo», dice el conocido periodista del *Mirror* Kevin Maguire. «Les habrá parecido tan exótico como Kandahar o Tombuctú. Simplemente no sabían que Gran Bretaña... Porque esa no es su Gran Bretaña, no se parece en nada al lugar donde viven y del que vienen.»

Esta no es una especulación sin fundamento. Hasta el periodista ocasional lo confesó. Melanie Reid arguyó apasionadamente en el *Times* que «nosotros, las tranquilas clases medias», simplemente no entienden el caso «porque estamos tan lejos de ese tipo de pobreza como de lo que ocurre en Afganistán. Porque la vida entre la clase trabajadora blanca de Dewsbury parece un país extranjero».[17]

Los vecinos de clase trabajadora de Dewsbury Moor sin duda eran dolorosamente conscientes de las razones que estaban detrás de la falta de interés por Shannon Matthews. Sabían que muchos periodistas solo sienten desprecio por comunidades como la suya. «Escucha, no estamos borrachos como cubas ni vamos colocados todo el tiempo, como ellos asocian con las viviendas de protección oficial», reprendió enojada a los periodistas la líder de la comunidad local, Julie Bushby. «El noventa por ciento de nosotros trabaja. Hemos dado dinero de nuestro bolsillo para esto.» Consciente

[16] Andrew Norfolk, «Poor little Shannon Matthews. Too poor for us to care that she is lost?», *The Times*, 1 de marzo 2008.
[17] Melanie Reid, «Shannon Matthews is the new face of poverty», *The Times*, 17 de marzo 2008.

de la diferente respuesta a la desaparición de la niña que cariñosamente había empezado a ser conocida simplemente como «Maddie», añadió: «Dos niñas han desaparecido, eso es lo importante. Todo el mundo siente lo mismo cuando eso ocurre: ricos, pobres, da igual. Buena suerte para Kate McCann. Buscamos a las niñas, ¿no? No a sus madres.»[18]

Pero, como al final se demostró, había una gran diferencia entre los dos casos. A diferencia de Madeleine McCann, Shannon fue hallada con vida en marzo de 2008. Había sido secuestrada, atada con una cuerda a una viga del techo, escondida en una cama turca y drogada para mantenerla callada. Hasta donde el público sabía en ese momento, un pariente lejano la había raptado. Pasaron semanas hasta que la verdadera historia salió a la luz. Pero no se afilaron los cuchillos contra el supuesto secuestrador, un excéntrico solitario que era tío del compañero de Karen Matthews. En la línea de fuego estaban Karen Matthews y, lo que es más importante, la clase de la que ella fue tomada como representante.

Con Shannon sana y salva, ya no se consideró de mal gusto arremeter abiertamente contra su comunidad. El asunto se convirtió en un útil caso de estudio de la indulgencia británica con una clase amoral. «Su entorno, un escenario que contiene la cara horrible, descorazonadora e indisciplinada de Gran Bretaña, debería leerse como una lección de fracaso», escribió un columnista en el *Birmingham Mail*. «Karen Matthews, de 32 años aunque aparenta 60, pelo suelto que cae sobre un rostro grasiento, es producto de una sociedad que premia la irresponsabilidad.»[19]

Aquí había una oportunidad para apuntarse nuevos tantos políticos. Melanie Phillips es una de los más famosos árbitros morales (como ellos mismos se proclaman) y una agresiva defensora de lo que ella considera valores tradicionales. Para ella, el caso de Shannon Matthews fue un regalo que confirmaba lo que había estado diciendo todo el tiempo. Días después de que encontraran a la pequeña,

[18] Cole Moreton, «Missing: The contrasting searches for Shannon and Madeleine», *Independent on Sunday*, 2 de marzo 2008.

[19] Maureen Messent, «Home's no place for shy Shannon», *Birmingham Evening Mail*, 28 de marzo 2008.

Phillips sostuvo que el asunto ayudaba a «revelar la existencia de una subclase que constituye un mundo aparte respecto a las vidas que llevamos la mayoría de nosotros y a las actitudes y convenciones morales que casi todos nosotros damos por supuestas». En una diatriba histérica, la escritora alegó que había «comunidades enteras donde los padres responsables son tan escasos que el niño que tenga uno corre el riesgo de sufrir acoso», y donde hay «chicos que preñan a dos, tres o cuatro chicas sin pensárselo».[20] No se aportaba ninguna prueba que respaldara estas alegaciones.

En una atmósfera cada vez más enrarecida, algunos de los prejuicios más extremos empezaron a aflorar. En un debate sobre el tema celebrado en marzo de 2008, John Ward, concejal conservador en Kent, sugirió que «hay cada vez más razones para la esterilización obligatoria de todos aquellos que tengan un segundo hijo —o tercero, etc.— mientras cobran prestaciones sociales». Cuando fue interpelado, Ward se mantuvo en sus trece defendiendo la esterilización de «gorrones profesionales» que, decía, «procrean para cobrar».[21] ¿Les suena? Al concejal del Partido Laborista local llegó al punto de decirme que «se trata de verdadera eugenesia nazi», lo que resulta «inaceptable en una democracia occidental».

Pero este horror no fue compartido por las docenas de lectores del *Daily Mail* que bombardearon el periódico con mensajes en apoyo del concejal conservador. «No veo qué problema hay en sus comentarios», escribió uno, que añadió: «Procrear en masa NO es un derecho divino». «¡Qué gran idea!», escribió otro de sus admiradores. «Veremos si los políticos son lo bastante valientes para adoptarla.» Los colaboradores más prácticos propusieron hacer una recogida de firmas en su apoyo, mientras otros salieron con la imaginativa propuesta de rociar toda la privisión de agua con una droga anticonceptiva y luego ofrecer un antídoto solo a padres «aptos». «Seguro que los progres pondrán el grito en el cielo», añadió esta perspicaz aportación. «Después de todo, dependen de los

[20] Melanie Phillips, «Why Shannon is one more victim of the folly of "lifestyle choice"», *Daily Mail*, 17 de marzo 2008.

[21] Neil Sears, «Calls for Tory councillor to resign after he suggests parents on benefits should be sterilised after one child», *Daily Mail*, 24 de marzo 2008.

chavs desempleados para salir elegidos.» Otro expresó su «total acuerdo» con las propuestas de Ward: «El país se está hundiendo bajo el peso de estos parásitos.»[22]

Naturalmente, el prejuicio clasista no siempre es tan crudo. Aunque algunos de estos comentarios suenen desquiciados, indudablemente reflejan un trasfondo de odio en la sociedad británica. Pero esto solo era la punta del iceberg. Cuando la oscura verdad del asunto Matthews salió a la luz, se abrió la veda contra las comunidades de clase trabajadora como Dewsbury Moor.

Unas tres semanas después de que su hija fuera hallada con vida, Karen Matthews fue detenida espectacularmente. En uno de los peores delitos que una madre puede cometer, había secuestrado a su propia hija de nueve años para embolsarse el dinero de la recompensa, que por entonces ascendía a 50.000£. Como si el caso ya no fuera lo bastante surrealista, Craig Meehan fue acusado de posesión de pornografía infantil. «¿Quién de vosotros va a ser el siguiente detenido?», se burlaba la multitud reunida para ver a los amigos y parientes de Matthews mientras ella comparecía ante el tribunal.[23]

Pero había mucho más en el extraño caso de Shannon Matthews que una madre malhablada que hizo todo lo posible por usar a su propia hija para ganar dinero. El episodio fue como una bengala que iluminó momentáneamente un mundo de clasismo y prejuicios en la Gran Bretaña actual. Naturalmente, la intriga de los medios de comunicación estaba más que justificada por lo espeluznante del caso y la perversa manera en que Karen Matthews había engañado a la comunidad, a la policía y a todo el país. Y sin embargo, para un sinfín de comentaristas y políticos, este no era ni mucho menos un caso aislado, protagonizado por un individuo depravado que compartía su culpa solo con sus cómplices directos. «El caso parece confirmar muchos prejuicios sobre la "subclase"», reflexionó un periódico local.[24] Fue como si se metiera en el mismo saco a todos los que vinieran de un entorno similar.

[22] Correo electrónico, «Calls for Tory councillor to resign», dailymail.co.uk, 24 de marzo 2008.

[23] Lucy Thornton, «Mocked... but we all stick together», *Mirror*, 10 de abril 2008.

[24] Sin firma, «A feckless existence», *Huddersfield Examiner*, 5 de diciembre 2008.

Actuando como jueces, jurados y verdugos de la nación, la prensa sensacionalista cargó contra Dewsbury Moor. Sus habitantes eran un blanco fácil: después de todo, tenían el descaro de vivir en la misma calle que Karen Matthews. El barrio se convirtió en una plantilla para comunidades de clase trabajadora similares a lo largo y ancho del país. «El barrio es como un Beirut más desagradable», dijo un sesudo titular del *Sun*. A primera vista, esto puede parecer de bastante mal gusto. Al fin y al cabo, Beirut era el epicentro de una guerra civil particularmente espantosa en la que murió cerca de un millón de personas y que dejó gran parte de la ciudad reducida a escombros. Pero al *Sun* no le faltaban pruebas para su aseveración: «Mientras llegaba la prensa, la gente era fotografiada entrando en las tiendas en pijama hasta mediodía... incluso bajo la lluvia.» «El barrio es una versión en la vida real de *Shameless*, la exitosa serie del Canal 4», afirmaba este artículo rico en matices, refiriéndose al célebre programa sobre las caóticas vidas de unas pocas familias en un barrio de viviendas protegidas en Manchester. A pesar de haber sido juzgadas y condenadas por el *Sun*, el periódico sorprendentemente descubrió que «las familias locales se niegan a admitirlo».[25]

Los periodistas tuvieron que ser algo más que ligeramente selectivos para crear esta caricatura. No mencionaron el hecho de que cuando los medios se cansaron de cierta desaliñada niña desaparecida en «en el Norte», la comunidad local lo había compensado organizándose para encontrarla. Montones de voluntarios habían ido de puerta en puerta con panfletos cada noche durante su desaparición, muchas veces bajo una lluvia torrencial. Habían contratado autobuses con el fin de llevar equipos de gente a lugares tan distantes como Manchester para repartir carteles, al tiempo que se habían elaborado panfletos multilingües para cubrir el área de la numerosa población musulmana. Muchos de los vecinos eran pobres, pero se rascaron los bolsillos para dar algo de lo poco que tenían para ayudar a encontrar a Shannon.

«Personalmente creo, y los concejales locales en conjunto lo creen fervientemente, que la comunidad ha demostrado una fuerza única», reflexiona el concejal local Khizar Igbal. «Todos se

[25] Alastair Taylor, «Estate is like a nastier Beirut», *Sun*, 9 de abril 2008.

unieron. Todos estaban preocupados por el estado de la niña y querían verla sana y salva. Estoy muy orgulloso de la fuerza que ha mostrado la comunidad.» Pero este sentimiento de una comunidad de clase trabajadora muy cohesionada, con recursos limitados y unida en una causa común, nunca formó parte de la historia de Shannon Matthews. Simplemente no cuadraba con la imagen de *Shameless* que estaban cultivando los medios.

En ningún lugar de esta cobertura estaba la idea de que alguien podía tener los mismos orígenes que Karen Matthews, o vivir en el mismo barrio, sin ser terriblemente disfuncional. «Lo que me pareció maravilloso fueron algunas de las personas cercanas [a Karen Matthews]», dice el antiguo ministro del Gobierno Frank Field. «Cuando se descubrió que ella había hecho todo aquello, una de sus amigas dijo que cuando la viera le iba a dar unas buenas bofetadas y luego un abrazo. Creo que, tristemente, lo que la prensa no ha hecho es responder a cuestiones más interesantes: ¿por qué algunos de sus vecinos son padres ejemplares y ella es una sirvengüenza que claramente no puede cuidar de sí misma, y mucho menos de una hija?»

Este no era un debate que los medios quisieran tener. Todo lo contrario. Algunos periodistas llegaron a sugerir que las personas que vivían en ese tipo de comunidades de algún modo eran menos que humanos. Véase Carole Malone: una columnista y colaboradora televisiva muy bien pagada que despotrica regularmente contra cualquiera que le haya ofendido esa semana. A pesar de ser rica, se siente cualificada para juzgar a los que viven en un barrio de protección oficial porque ella antes vivía «al lado» de uno. Era, decía, «muy parecido a Dewsbury Moor. Estaba lleno de gente como Karen Matthews. Gente que nunca ha tenido un empleo ni lo ha querido, gente que esperaba que el Estado financiara todos los hijos ilegítimos que tuviera, por no hablar de su alcoholismo, adicciones o tabaquismo». Sus «casas parecían pocilgas: cagadas de perro en el suelo (créanme, las he visto), alfombras pútridas, pilas de ropa y de platos sucios por todas partes».

En caso de que su intento de despojar de humanidad a estas comunidades de clase trabajadora fuera demasiado sutil para el lector, Malone lo explicó detalladamente negro sobre blanco. Matthews, Meehan y Donovan, declaró, «pertenecían a esa clase infra(humana) que existe actualmente en los rincones más lóbregos y oscuros de este país». Eran «ociosos gorrones sin moral, compasión ni sentido de la responsabilidad e incapaces de sentir amor o culpa».[26] Según Malone, estas comunidades eran sucias, infrahumanas y carentes de las emociones básicas. Estaban llenas del tipo de persona que organizaría el secuestro de su propia hija por dinero, o —como lo definió escuetamente el *Daily Mail*— «la subclase salvaje».[27]

Imaginen que Carole Malone hubiera estado hablando de negros, judíos o incluso escoceses. Se habría elevado el más enérgico grito de protesta, y con razón. La carrera de Malone habría terminado y el *Sun* estaría enfrentándose a medidas legales por publicar material que incitaba al odio. Pero no hubo protestas ni airadas peticiones de que la despidieran. ¿Por qué? Porque las comunidades a las que había atacado se consideraban un blanco legítimo. «Se está desarrollando en este país una tendencia alarmante a arremeter contra los menos privilegiados, y no me gusta nada», alegaba el columnista del *Daily Star* Joe Mott en pleno apogeo de la histeria sobre Karen Matthews. «Dejemos de usar esta situación como excusa para dar caña a la clase trabajadora.»[28] La suya era una voz en el desierto. En lo que respecta a sus colegas periodistas, Karen Matthews no era una excepción. Gran Bretaña estaba llena de gente como ella.

Habían creado esa impresión mediante una descarada manipulación de los hechos. «Como ocurre con todas estas cosas, siempre hay parte de verdad en lo que se dice, pero se extrapola para llamar la atención o se exagera para crear una historia mejor desde el punto de vista mediático», dice Jeremy Dear, presidente del Sindicato Nacional de Periodistas. «Era casi como decir: "¿Qué esperas de esa gente?" Los periódicos habían dirigido el punto de mira sobre su entorno [de Karen Matthews] y sobre quién es ella: su clase, más que ella como individuo.»

[26] Carole Malone, «Force low-life to work for a living», *News of the World*, 7 de diciembre 2008.
[27] Sin firma, «Plea for the victims of welfare Britain», *Daily Mail*, 6 de diciembre 2008.
[28] Joe Mott, «Shameless attack on our poor», Daily Star, 13 de abril 2008.

Ante todo, en la cobertura informativa subyacía la idea de que la antigua clase trabajadora había dado paso a un residuo de *chavs* irresponsables. «Lo que en otro tiempo fue una clase trabajadora ahora es, en algunos lugares, una subclase», escribió Melanie McDonagh en el *Independent*. «Lo que esta infeliz parece encarnar es un declive.»[29] Esto estaba, después de todo, en el centro de la caricatura: que todos nosotros somos clase media, excepto los residuos *chavs* de una decadente clase trabajadora.

El asunto de Shannon Matthews fue solo un ejemplo particularmente llamativo de cómo los medios utilizan un caso aislado para reforzar la caricatura *chav*: irresponsables, salvajes y dignos de nada. Pero no iba a ser el último, ni mucho menos. Ahora que el balón había empezado a rodar, los medios se aferraron entusiasmados a otros casos para confirmar esta imagen distorsionada.

La noticia en noviembre de 2008 de que un niño pequeño, al principio solo conocido como «Baby P», había muerto en Londres a consecuencia del espantoso maltrato infligido por su madre y el compañero de esta proporcionó un caso similar. Más allá del grito de protesta por los fallos sistémicos de las agencias locales de protección a la infancia, la atención de nuevo recayó en la gente que vivía fuera de los confortables confines de la «Inglaterra media».[30] «Muchos de ellos habrán tenido madres con hijos de diferentes padres», sostenía Bruce Anderson en el *Sunday Telegraph*. «En la sabana africana, los leones macho que toman el control de la manada a menudo se enfurecen y matan a los cachorros engendrados por sus predecesores. En la jungla londinense, un comportamiento similar no resulta desconocido.»[31] El horror por Baby P avivó lo que el asunto de Karen Matthews había alumbrado a conciencia: un intento de deshumanizar a la gente que vive en comunidades pobres de clase trabajadora.

[29] Melanie McDonagh, «Shannon Matthews case: Five fathers, one mother and a muddled family saga», *Independent on Sunday*, 13 de abril 2008.

[30] «Middle England», la Inglaterra de clase media. Término con connotaciones políticas y sociológicas cada vez más asociadas al conservadurismo individualista. *(N. del T.)*.

[31] Bruce Anderson, «The night a grim malaise was hammered home», *Sunday Telegraph*, 16 de noviembre 2008.

Los pocos periodistas que se abstuvieron de acrecentar aún más el torrente de bilis tenían razón al quejarse de los «ataques fáciles» a la clase trabajadora. Esa solo es la mitad de la historia. Es raro que los medios dirijan su mirada a la clase trabajadora: cuando lo hacen, casi siempre es sobre individuos estrafalarios como Karen Matthews o Alfie Patten, un chico de trece años falsamente acusado de haber tenido un hijo a principios de 2009. Los periodistas parecían competir por encontrar la historia más truculenta que pudieran hacer pasar por representativa de los restos de la clase trabajadora británica. «Mirarán en el peor barrio que puedan encontrar, y los peores ejemplos que puedan hallar», objeta la columnista del *Guardian* Polly Toynbee. «Apuntarán su cámara hacia la familia más desempleada y desestructurada posible y dirán: "Esta es la vida de la clase trabajadora."»

Eso no significa pretender que allí no hay gente con vidas profundamente problemáticas, incluyendo individuos crueles que maltratan bárbaramente a niños vulnerables. La cuestión es que es un número muy reducido de personas y en absoluto representativo. «Se buscan afanosamente casos estrambóticos —como gente con diez hijos que nunca ha tenido un empleo— y se presentan como típicos», opina el periodista del *Independent* Johann Hari. «Hay una exigua proporción de familias altamente problemáticas que viven caóticamente y no pueden cuidar de sus hijos porque nadie les cuidó a ellos. El número se infla enormemente para presentarlas como paradigmáticas de la gente de entornos pobres.»

La manipulación mediática del caso de Shannon Matthews no fue en sí misma la parte más preocupante de la historia. Los políticos reconocen una buena oportunidad en cuanto la ven, y se subieron al carro rápidamente. La utilización por parte de los periodistas del caso Matthews para caricaturizar los supuestos residuos de la clase trabajadora británica servían a un fin político útil. Tanto la jefatura del Nuevo Partido Laborista como la del Partido Conservador estaban decididas a recortar radicalmente el número de beneficiarios de prestaciones. Los medios habían contribuido a crear la imagen de áreas de clase trabajadora que degeneraban en comunidades completamente desempleadas y llenas de individuos

irresponsables, vagos, amorales, sucios, pervertidos e incluso animalescos. Órganos conservadores como el *Daily Mail* habían utilizado el hecho de que Karen Matthews no tuviera trabajo como una razón para atacar el Estado de bienestar (lo que tiene bastante gracia viniendo de un periódico que es un ferviente defensor de las madres «en casa»).[32]

La ocasión era perfecta para políticos decididos a dar un puntapié al Estado de bienestar. El exlíder conservador Iain Duncan Smith, encargado de debatir la política social de los *tories* y fundador del curiosamente mal llamado Centro para la Justicia Social, afirmó que, con las revelaciones de la saga Matthews, «era como si se hubiera entreabierto una puerta a otro mundo y el resto de Gran Bretaña pudiera curiosear dentro».[33] Se diría que millones de personas recorrían los barrios de protección oficial secuestrando a sus hijos en un enloquecido intento de sacar tajada a expensas de la prensa sensacionalista. Fue contra este telón de fondo contra el que el Centro propuso que los aproximadamente diez millones de inquilinos de viviendas de protección oficial en Gran Bretaña «fueran recompensados por buen comportamiento con una participación en la propiedad de su casa». Esto ayudaría a acabar con los «guetos» de los barrios de protección oficial en Gran Bretaña.[34] *Recompensados por buen comportamiento.* Es el tipo de lenguaje empleado cuando se trata con presos, niños o mascotas. Una enorme porción de la población británica —toda ella de clase trabajadora— se veía implicada de un plumazo en la actuación de Karen Matthews.

Karen Matthews se había convertido en un conveniente puntal politico para los conservadores. El propio líder *tory*, David Cameron, utilizó el asunto para exigir una drástica revisión del Estado

[32] Hay numerosos ejemplos en los que el *Daily Mail* ensalza a las madres que se quedan en casa. Véase por ejemplo Steve Doughty, «Children perform better if mother stays at home», *Daily Mail*, 9 de junio 2006; Daniel Martin, «Betrayal of stay-at-home mothers: Millions lose state pensions after Government U-turn», *Daily Mail*, 20 de diciembre 2007; Steve Doughty, «"Superwoman is a myth" say modern women because "family life suffers with working mums"», *Daily Mail*, 6 de agosto 2008.

[33] Centro para la Justicia Social, centreforsocialjustice.org.uk, 2 de diciembre 2008.

[34] *Ibid.*

de bienestar. «El veredicto de la semana pasada sobre Karen Matthews y su vil cómplice es también un veredicto sobre nuestra sociedad rota», sostuvo en el *Daily Mail.* «Ojalá fuera solo una historia aislada.» Como parte de las reformas ofrecidas en respuesta, Cameron prometió «acabar con la cultura de que todo es gratis. Si no se acepta una oferta razonable de trabajo, se perderán las prestaciones. No hay pero que valga.»[35] Helo de nuevo ahí: un vínculo entre Karen Matthews y grupos mucho más amplios de la clase trabajadora. Era una táctica política inteligente. Si se inducía a la mayoría del público británico a creer que la gente de su entorno era capaz del mismo comportamiento monstruoso, era más probable que apoyaran las políticas dirigidas contra ellos.

Las propuestas conservadoras contemplaban investigar las vidas privadas de los parados de larga duración. El portavoz conservador en materia de trabajo y pensiones Chris Grayling justificó los planes argumentando que, aunque el de Matthews «era un horrendo caso extremo..., desvela un tipo de vida en algunos de nuestros barrios más deprimidos, de familias enteras que no han hecho nada productivo durante generaciones. Es un mundo que de verdad tiene que cambiar».[36]

De creer a estos políticos de alto rango, Karen Matthews había demostrado que había un gran estrato de gente por debajo de la sociedad de clase media cuyos corruptos estilos de vida eran realmente subsidiados por el Estado de bienestar. «Achacar esto al Estado de bienestar es simplente estrambótico», comenta Johann Hari. «Es una inversión del argumento empleado contra el Estado de bienestar a finales del siglo XIX de que los pobres eran inherente y moralmente indigentes y fraudulentos, por lo que no tenía sentido darles ninguna ayuda.»

Obviamente, es absurdo afirmar que una persona crónicamente disfuncional como Karen Matthews era representativa de la gente de clase trabajadora que cobra prestaciones o vive en viviendas protegidas, y mucho menos de comunidades más amplias. Los

[35] David Cameron, «There are 5 million people on benefits in Britain. How do we stop them turning into Karen Matthews?», *Daily Mail*, 8 de diciembre 2008.

[36] Gaby Hinsliff, «Tories to probe long-term jobless», *Observer*, 7 de diciembre 2008.

políticos que afirmaban que sí lo era olvidaron mencionar el horror que sintió la comunidad por la desaparición de su hija, y con qué determinación se unieron para encontrarla.

Tanto los periodistas como los políticos han utilizado los actos censurables de una mujer para demonizar a la clase trabajadora. Pero ¿por qué consideraron el caso como un ejemplo de cómo era la vida para muchas comunidades fuera del mundo de la clase media? Afirmaron que todo el asunto era una reveladora instantánea de la sociedad británica: y, en cierto modo, tenían razón. Pero el caso decía mucho más de quienes lo cubrían que de aquellos a los que apuntaban.

Imagina que eres un periodista de clase media. Creces en una bonita ciudad o en un barrio residencial de clase media. Vas a un colegio privado, haces amistad con gente del mismo entorno y terminas en una buena universidad con un alumnado abrumadoramente de clase media. Cuando finalmente consigues trabajo en los medios de comunicación, de nuevo te ves rodeado por personas forjadas más o menos en las mismas circunstancias. ¿Cómo vas a tener la más mínima idea de la gente que vive en sitios como Dewsbury Moor?

Kevin Maguire, del *Mirror*, no tiene ninguna duda de que el origen de los periodistas tiene no poco que ver con cómo informan sobre comunidades como Dewsbury Moor. «Me parece de pura lógica. No te identificarás, compadecerás ni entenderás a esta gente, y puede que solo te cruces con ellos cuando te sirven un café o te limpian la casa.» Existe un divorcio creciente entre las vidas de los periodistas y las del resto de nosotros. «No me imagino a un director de un periódico nacional con hijos en edad escolar que los lleve a un colegio público», reflexiona. «Además, casi todos los periodistas en esos niveles cuentan con un seguro médico privado. Así que es como si te retiraran de la vida cotidiana.»

Kevin Maguire forma parte de un puñado de eminentes periodistas de origen obrero. Cuesta encontrar a alguien que escriba o

presente las noticias y que haya crecido en algún lugar remotamente parecido al barrio de Dewsbury Moor. Más de la mitad de los cien periodistas más influyentes se educaron en un colegio privado, una cifra que es incluso mayor que hace dos décadas. En marcado contraste, solo uno de cada catorce niños en Gran Bretaña comparte este origen.[37]

Más que cualquier otra cosa, es esta ignorancia de la vida de la clase trabajadora lo que explica cómo Karen Matthews llegó a convertirse en un exponente de la gente que vive en comunidades de clase trabajadora. «Quizá porque todos somos de clase media expresamos nuestra indignación ante la trágica transición de la clase trabajadora con aspiraciones a la subclase irresponsable y salvaje, y nos burlamos de los sebosos descerebrados que se pasan el día en sofás de cuero sintético frente a televisores de plasma rumiando el programa de Jeremy Kyle»,[38] especulaba la comentarista Christina Patterson. «También tenemos un palabra para ellos: *chavs*.»[39]

Un efecto de esto es la creencia de que la sociedad ha empezado a estar dominada por una amplia clase media, cada vez más sujeta a jerarquías internas adicionales, con el resto consistente en una clase trabajadora que ha degenerado en la caricatura *chav*. Johann Hari a menudo preguntaba a otros periodistas cuál creían que era la renta media en Gran Bretaña. La respuesta siempre estaba notablemente por debajo de la cifra real. Un redactor jefe la estimaba en 80.000£. Esta absurda cifra es casi cuatro veces más alta que la suma verdadera de 21.000£. «Obviamente, si nunca sales de la Zona 1, si no has conocido a nadie que viva en un barrio de protección oficial ni has estado en ninguno, entonces vives en un mundo de febril fantasía.» A diferencia de muchos de sus colegas, Hari creía que era estúpido pensar que Karen Matthews no fuera otra cosa que un «monstruo digno de lástima».

[37] The Sutton Trust, *The Educational Backgrounds of Leading Journalists*, suttontrust.com, junio 2006.

[38] Programa de telerrealidad británico en el que se presentan casos «reales sobrecogedores». *(N. del T.)*

[39] Christina Patterson, «Heaven help the white working class now», *Independent*, 24 de enero 2009.

Los periodistas que informaron sobre el caso de Shannon Matthews vienen casi todos del mismo entorno, y están completamente desconectados de la vida corriente. ¿Cómo ha ocurrido esto? Lo cierto es que la clase trabajadora cada vez lo tiene más difícil para meter el pie en los periódicos o las cadenas de televisión. Si más gente de los medios hubiera crecido en comunidades como Dewsbury Moor, podríamos esperar una cobertura más equilibrada de estas cuestiones. Las probabilidades de que eso ocurra, tal como están las cosas. son casi nulas. El presidente del Sindicato Nacional de Periodistas Jeremy Dear cree que la razón de esto es simple. Cada vez más aspirantes a periodistas tienen que pagar por su propia formación, lo que generalmente implica tener *al menos* una licenciatura. Eso deja una enorme deuda a sus espaldas cuando empiezan en una profesión con sueldos infames para el personal joven. «Los únicos que pueden hacerlo son los que tienen apoyo económico», dice. «Es decir, aquellos cuyos padres puedan ayudarles, lo que significa que la condición de los que entran en el periodismo ha cambiado radicalmente.»

El problema no es solo la escasez de gente de clase trabajadora en el periodismo. La mayoría de los periódicos se deshizo de los periodistas que antes cubrían las relaciones laborales a medida que el poder de los sindicatos disminuía vertiginosamente. Los periodistas de política local, que al menos daban cierta cuenta de la vida corriente por todo el país, también han desaparecido. Durante los últimos años, los periódicos regionales, que tradicionalmente informaban del día a día en las comunidades locales, o bien han cerrado o bien han sufrido severos recortes. Con las vidas de la gente corriente expurgadas de los medios de comunicación, casos extremos como el de Karen Matthews prácticamente monopolizaron la cobertura de la vida de la clase trabajadora.

«La clase trabajadora ha dejado de existir por completo en lo que respecta a los medios de comunicación, la cultura popular y los políticos», sostiene Polly Toynbee. «Lo único que hay es gente agradable de clase media, agradables propietarios de vivienda que son los preferidos del *Daily Mail*. Y luego hay gente muy mala. No verás muchas imágenes de gente corriente de tipo neutro, ya no digo positivo.»

Hemos visto que políticos prominentes manipulaban el frenesí orquestado por los medios de comunicación para hacer política. Al igual que los que escriben y presentan las noticias, los pasillos del poder político están dominados por gente de un entorno concreto. «La Cámara de los Comunes no es representativa, no refleja al país en su conjunto», dice Kevin Maguire. «Es demasiado representativo de abogados, periodistas metidos a políticos, diversas profesiones, sobre todo profesores de universidad... Hay pocos que hayan trabajado en centros de atención telefónica o en fábricas, o hayan sido funcionarios municipales de rango bajo.»

Es cierta la afirmación de que los diputados no son exactamente representativos del tipo de gente que vive en casi todas nuestras calles. Los que se sientan en los escaños verdes del Parlamento tienen cuatro veces más probabilidades de haber ido a un colegio privado que el resto de nosotros. Entre los diputados conservadores, un sorprendente tres de cada cinco han ido a un colegio privado.[40] Buena parte de la élite política ha estudiado en el prestigioso colegio Eton, incluyendo al líder *tory* David Cameron y a otros diecinueve diputados conservadores.

Antiguamente había una tradición, sobre todo en los escaños laboristas, de diputados que habían empezado trabajando en fábricas y minas. Esa época pasó hace mucho. El número de políticos con esos orígenes es pequeño y va menguando con cada elección. Menos de uno de cada veinte diputados empezó como trabajador manual, un número que se ha reducido a la mitad desde 1987, a pesar de que aquel era un Parlamento dominado por los conservadores. En cambio, la friolera de dos tercios eran profesionales de alto nivel o trabajaban en los negocios antes de llegar al Parlamento. En 1996, el entonces vicepresidente John Prescott se hizo eco del mantra blairista de que «ahora todos somos de clase media», un comentario que quizá sería más apropiado si estuviera hablando de sus colegas políticos.

Si estos diputados tienen conocimiento de cómo es la vida en lugares como Dewsbury Moor, uno se pregunta dónde lo obtuvieron. «Los que venían aquí anteriormente habían participado

[40] The Sutton Trust, suttontrust.com, 9 de diciembre 2005.

en muchas campañas, en la lucha por sus comunidades, tal vez habían sacrificado importantes sumas de dinero para meterse en política e intentar cambiar el mundo», dice la diputada[41] laborista Katy Clark. «Eso quizá ahora sea mucho menos cierto.» A diferencia de algunos destacados diputados conservadores, no ve a Karen Matthews como representativa de un colectivo más amplio. «Creo que Karen Matthews representaba a Karen Matthews.»

El mero hecho de que un político provenga de un entorno privilegiado no le incapacita para empatizar con los que son menos afortunados. Pero las probabilidades de que entienda la realidad de las comunidades de clase trabajadora son, inevitablemente, considerablemente menores.

Después de todo, ¿cómo podría alguien como el primer ministro David Cameron siquiera empezar a entender una comunidad como Dewsbury Moor? Hasta para los estándares de los diputados más conservadores, él no es exactamente la clase de tipo que te encontrarías en el *pub* de tu barrio. Cuenta con el rey Guillermo IV como antepasado, su padre es un próspero agente de Bolsa y su familia ha hecho grandes negocios en las finanzas durante décadas. Su mujer, directora general de una empresa de artículos de lujo y dueña de otra, es hija de un gran terrateniente y da la casualidad de que desciende del rey Carlos II.

Ahora bien, es cierto que, como líder de la oposición, Camerón respondió admirablemente a los que cuestionaban su educación privilegiada con la siguiente ocurrencia: «La cuestión no es de dónde vienes, sino adónde vas.»[42] Todo eso está muy bien, pero ¿adónde *va* él tiene muchísimo que ver con *de dónde* viene? Su creencia de que el caso de Karen Matthews es ampliamente representativo tiene sentido si se observa lo que siente hacia quienes comparten su mismo entorno. Cuando su desaliñada hija apareció una vez en una reunión social en su casa de dos millones de libras en Notting Hill, se dijo que gruñó lo siguiente: «Pareces caída de un

[41] *Backbencher*: diputado sin cargo específico en el Gobierno o la oposición. *(N. del T.)*

[42] Allison Pearson, «I looked at Ivan and thought, "We're going to get through this. He's lovely"», *Sunday Telegraph*, 16 de octubre 2005.

piso de protección oficial.»[43] También ha admitido ver regularmente la telecomedia *Shameless*, que, como hemos visto, ha sido comparada con Dewsbury Moor por la prensa sensacionalista.[44] «Mucha gente de clase trabajadora se ríe con *Shameless*», apunta Kevin Maguire, «pero creo que se ríe con ella de forma ligeramente distinta a Cameron, que probablemente la considera un docudrama».

Uno de los pocos diputados conservadores de clase trabajadora, el subsecretario de Transportes Mike Penning, reconoce que la falta de políticos de origen obrero afecta a su capacidad para identificarse con gente de comunidades como Dewsbury Moor. «Es físicamente imposible que alguien comprenda y empatice con los problemas que tienen algunos; digamos, por ejemplo, que ahora están despidiendo a mucha gente. No sabes lo que es, a no ser que te hayan despedido». Parte del problema, sostiene, residía en las dificultades para entrar en el mundo de la política. «Indudablemente, no importa de qué partido vengas, es tremendamente difícil entrar en esta Cámara a menos que tengas cierta ayuda en tu carrera profesional.»

El hecho de que la élite británica esté copada por gente de clase media o media-alta ayuda a explicar un cierto doble estándar que opera en la sociedad. Los delitos cometidos por los pobres serán considerados una crítica de cualquiera que tenga un origen similar. No se puede decir lo mismo de los delitos donde el culpable es un individuo de clase media. El médico asesino Harold Shipman puede que sea recordado como un monstruo, pero ¿acaso alguien dijo que su caso arrojaba luz sobre la vida de la clase media británica? ¿Dónde estaban los escandalizados titulares de los tabloides y las jugosas declaraciones de los políticos sobre comunidades de clase media que «de verdad tienen que cambiar»?

Y aunque casos como la desaparición de Shannon Matthews se utilizan como plataforma de lanzamiento para atacar a los denominados «gorrones», los ricos no reciben ni de lejos el nivel de

[43] Vincent Moss, «Tory leader David Cameron at centre of a political storm», *Sunday Mirror*, 23 de marzo 2008.

[44] Dylan Jones, *Cameron on Cameron: Conversations with Dylan Jones*, Londres, 2008, p. 207.

atención de los políticos o los medios de comunicación. Se calcula que el fraude al Estado de bienestar cuesta a Hacienda alrededor de un billón de libras al año. Pero, como han desvelado las detalladas investigaciones del auditor Richard Murphy, se pierden 70 billones de libras por fraude fiscal cada año, es decir, setenta veces más. La cruel ironía es que los pobres que viven en comunidades como Dewsbury Moor en realidad pagan más impuestos en proporción a su sueldo que muchos de los pudientes periodistas y políticos que les atacan. Pero ¿dónde está el clamor contra los gorrones de clase media? Dada la manipulación mediática, apenas sorprende que la gente subestime significativamente el coste de la evasión fiscal y sobrevalore el del fraude en las prestaciones.[45]

Los principales políticos y periodistas no tenían ningún interés en dejar que el caso de Shannon Matthews pasara a la historia simplemente como otro ejemplo de la capacidad de algunos individuos para la crueldad. La grotesca estratagema de una madre para ganar dinero a costa de su vulnerable hija se infló deliberadamente en beneficio de periodistas y politicos decididos a demostrar que las tradicionales comunidades de clase trabajadora habían degenerado en un colectivo residual de vagos y depravados.

Pero eso no significa que no se deban extraer conclusiones más amplias del caso. Al contrario, dice mucho sobre la clase en la Gran Bretaña actual. Sería deshonesto decir que comunidades como Dewsbury Moor no tienen su buena ración de problemas, aunque no estén atestadas de padres maltratadores y enloquecidos. La cuestión es a quién culpar: ¿a las comunidades o a las políticas de los sucesivos Gobiernos durante las últimas tres décadas? ¿Y cómo se ha polarizado tanto Gran Bretaña que la burla y el desprecio a los *chavs* ha arraigado tan profundamente en nuestra sociedad?

[45] Gaby Hinsliff, «Public wants taxes that hurt the rich», *Observer*, 4 de enero 2009.

Ni los periodistas ni los políticos que manipularon el caso de Shannon Matthews permitieron que ningún obstáculo se interpusiera en el camino de sus insensatas afirmaciones. Que los Matthews no eran una familia desempleada —Craig Meehan tenía trabajo, después de todo— o que el cómplice Michael Donovan era programador informático no preocupó a los gurús y políticos de derechas.

«Recuerdo haber leído un comentario sobre cómo mucha gente del sur de Inglaterra, quizá más la Inglaterra de clase media, estaba fascinada por lo que consideraba comunidades norteñas, infrahumanas y deprimidas», señala el párroco de Dewsbury, el reverendo Simon Pitcher. «Creo que había un elemento de pornografía mediática. Dewsbury entero fue retratado como especialmente problemático, y en realidad no es así.» Su afirmación podría aplicarse a todas las comunidades castigadas por la pobreza. En contraste con las categóricas afirmaciones de políticos y comentaristas británicos, las cifras gubernamentales muestran que casi seis de cada diez familias en situación de pobreza tenían al menos un adulto trabajando.[46]

Pero esta cobertura era parte de un intento de retratar nuestra sociedad como dividida en la «Inglaterra media», por un lado, y un hatajo de *chavs* antisociales que viven en lugares como Dewsbury Moor, por el otro. Esto es un mito. Los medios no lo dicen, pero la mayoría de nosotros nos consideramos de clase trabajadora. Como reveló una encuesta publicada en octubre de 2007, así es como se describía a sí misma más de la mitad de la población. La cifra se ha mantenido más o menos estable desde los años sesenta.[47]

Obviamente, identificarse a uno mismo es algo ambiguo y subjetivo, y gente de todas las clases pudo, por diversas razones, confundir su lugar en la escala social. Y sin embargo, la cifra se corresponde asombrosamente con los hechos. En la Gran Bretaña

[46] Departamento de Trabajo y Pensiones, *Households Below Average Income Report 1994/95–2006/07*, dwp.gov.uk.

[47] Julian Glover, «Riven by class and no social mobility–Britain in 2007», *Guardian*, 20 de octubre 2007.

actual, el número de personas que trabajan en empleos manuales y administrativos representa más de la mitad de la población activa, más de veintiocho millones de trabajadores.[48] Somos un país de secretarias, dependientes y oficinistas. Las vidas de esta mayoría son virtualmente ignoradas por políticos y periodistas. Huelga decir que más de la mitad de la población no tenía nada en común con Karen Matthews.Y sin embargo, es más que probable que las escasas apariciones de la clase trabajadora en la escena pública sean historias sobre figuras odiosas —un odio más o menos legítimo— como Karen Matthews.

¿Estaban equivocados los políticos y periodistas al afirmar que comunidades como Dewsbury Moor tenían problemas sociales particulares que las apartaban del resto de Gran Bretaña? Como ocurre con la mayoría de estereotipos, hay su pizca de verdad en la caricatura *chav*. Es innegable que muchas comunidades de clase trabajadora a lo largo y ancho de Gran Bretaña sufren altas tasas de paro. Tienen un número relativamente grande de beneficiarios de prestaciones y el índice de delitos es alto. Pero se ha culpado a las víctimas y no a las políticas promovidas por los sucesivos Gobiernos en décadas recientes.

Dewsbury Moor es un buen ejemplo. El distrito está entre los diez primeros en privación general y pobreza infantil. Como hemos visto con la bilis vertida por los periodistas durante el caso Shannon Matthews, los detractores sostenían que esto se debe en gran parte a la irresponsabilidad de los que viven allí. Se equivocan. Los Gobiernos se las han ingeniado socialmente para que estas comunidades de clase trabajadora tengan los problemas que tienen.

Se ha recorrido un largo camino desde que el laborista Aneurin Bevan fundara las modernas viviendas sociales poco después de la Segunda Guerra Mundial. Ante todo, su objetivo era crear comunidades mixtas. Razonó que eso ayudaría a gentes de orígenes diferentes a entenderse, derribando así los prejuicios que vemos actualmente dirigidos a los *chavs*. «Es totalmente desaconsejable que en los bloques de protección oficial viva solo un tipo de ciudadano», argumentó. «Si hemos de posibilitar que los ciudadanos

[48] John Harris, «Bottom of the class», *Guardian*, 11 de abril 2006.

tengan una vida plena, si cada uno ha de ser consciente de los problemas de sus vecinos, entonces todos deberían provenir de diferentes sectores de la comunidad. Deberíamos tratar de incorporar lo que ha sido siempre la encantadora característica de los pueblos ingleses y galeses, donde el médico, el tendero, el carnicero y el peón agrícola vivían en la misma calle.»[49]

Este loable principio ha sido herido de muerte por las políticas introducidas durante la era Thatcher, que el nuevo laborismo ha seguido implementando alegremente. Barrios de protección oficial como Dewsbury Moor ahora muestran justo el resultado opuesto al proyectado originalmente por Bevan. Cuando los años setenta llegaban a su fin, antes de que el Gobierno de Thatcher pusiera en marcha el plan de «derecho a compra», más de dos de cada cinco de nosotros vivíamos en viviendas sociales. Hoy la cifra está más cerca de uno de cada diez, la mitad de los cuales son inquilinos de asociaciones y cooperativas de vivienda.[50] Se prohibió a los ayuntamientos construir nuevas viviendas y, durante los últimos once años, el partido de Bevan se ha negado a invertir dinero en las casas que quedaron bajo el control municipal. A medida que la vivienda pública se hundía, las que quedaban se concedieron preferentemente a los más necesitados. «Los próximos inquilinos en entrar, casi exclusivamente por cumplir criterios estrictos, serán o bien familias monoparentales, [o bien] gente procedente de instituciones, incluyendo las cárceles», explicaba el difunto Alan Walter, que vivió toda su vida en una vivienda municipal y fue presidente del grupo de presión Defiende la Vivienda Social. «Y por lo tanto son, casi por definición, los que no tienen trabajo.»

Muchos —pero no todos— de los que permanecieron en viviendas municipales eran demasiado pobres para aprovechar el plan de derecho a compra. «Cada vez más gente que puede permitirse prescindir de la vivienda social lo ha hecho, y entonces se le vende a otro que no tiene por qué tener una familia respetable», dice Polly Toynbee. «Cuanta más gente renuncia a vivir en un barrio de protección oficial, mayor se vuelve la brecha: después de

[49] Chris Holmes, *Housing, Equality and Choice*, Londres, 2003, p. 3.
[50] John Harris, «Safe as houses», *Guardian*, 30 de septiembre 2008.

todo, prácticamente no existe el sector de alquiler.» Los problemas a los que se enfrentaba la gente no tenían nada que ver con el hecho de vivir en una vivienda municipal, y todo que ver con que solo los más pobres fueran aptos para vivir en ellas. El resultado esperable es que más de dos tercios de los que viven en viviendas sociales pertenecen a los dos quintos más pobres de la población. Casi la mitad de la vivienda social está situada en el quinto más pobre de los barrios.[51] Las cosas ciertamente han cambiado comparadas con treinta años atrás, cuando un asombroso 20% del décimo más rico de la población vivía en una vivienda protegida.[52] Si lugares como Dewsbury Moor tienen graves problemas sociales, es porque se les ha inducido a tenerlos.

Debido a la drástica concentración de los más pobres de Gran Bretaña en viviendas sociales, los barrios de protección oficial empezaron a ser fácilmente asociados a los denominados *chavs*. Si bien es cierto que aproximadamente la mitad de los pobres de Gran Bretaña tiene su casa en propiedad, también lo es que suelen vivir en barriadas. La creciente transformación de los barrios de vivienda protegida en vertederos sociales ha dado muchos argumentos a la teoría de que Gran Bretaña está dividida en una sociedad de clase media y un residuo *chav* de clase trabajadora que sufre una epidemia de problemas autoinfligidos.

Las políticas gubernamentales de la vivienda no son la única causa de las desventajas sociales que afectan a las zonas obreras. El thatcherismo desencadenó un *tsunami* de desindustrialización que diezmó comunidades como Dewsbury Moor. Los trabajos manufactureros se han desplomado durante los últimos treinta años. Cuando Thatcher llegó al poder en 1979, más de siete millones de nosotros se ganaban la vida en la industria. Treinta años después, esto era cierto para menos de la mitad, apenas 2,83 millones —sobre todo porque se habían llevado las fábricas a países en vías de desarrollo donde los trabajadores salen más baratos.

[51] George Jones, «More high earners should live on council estates, professor tells Whitehall», *Daily Telegraph*, 21 de febrero 2007.

[52] John Hills, *Ends and Means: The Future Roles of Social Housing in England*, Londres, 2007, p. 45.

La ciudad de Dewsbury fue en otro tiempo sede de una floreciente industria textil. Durante las últimas tres décadas, todos estos trabajos simplemente han desaparecido. Al final de la calle donde antes vivía Karen Matthews hay docenas de naves abandonadas, incluyendo fábricas textiles desiertas y extensos polígonos industriales. «Esta era conocida como el área de la lana pesada al oeste de Yorkshire. También había un montón de empleos manufactureros y de ingeniería», explica el reverendo Pitcher. «Todos esos trabajos han desaparecido. Prácticamente no hay industria manufacturera. Así que ¿qué hace la gente? ¿Qué opciones tiene de trabajo? Depende de los grandes supermercados para trabajar. No hay ningún otro sitio para luchar por un empleo importante». El impacto sobre la población local ha sido devastador. «Eso ha tenido un efecto desestabilizador sobre la comunidad. El sentimiento de comunidad que teníamos antiguamente ha desaparecido.» La falta de grandes empresas manufactureras hizo que los que habían fracasado en la escuela lo tuvieran muy difícil para encontrar trabajo.

El impacto de este desplome industrial puede verse en la familia Matthews. Tanto los abuelos como los padres trabajaban en la industria local, concretamente en la textil. Pero, como dice la madre de Karen Matthews: «La ciudad ha cambiado. El textil ha desaparecido y no hay los mismos empleos que antes.»[53] La industria en áreas como Dewsbury Moor solía proporcionar empleos seguros, relativamente bien pagados y altamente sindicados que iban pasando de generación en generación.

El declive de la base manufacturera e industrial británica ha diezmado comunidades a lo largo y ancho del país», dice la diputada laborista Katy Clark. «Por hablar solo de la circunscripción que represento [North Ayrshire y Arran], antes teníamos industrias manufactureras a gran escala que a veces empleaban a decenas de cientos de personas. Todos esos trabajos han desaparecido y han sido sustituidos por empleos mal pagados, normalmente del sector público o el sector servicios.»

[53] Richard Pendlebury, «Downfall of a decent clan», *Daily Mail*, 16 de abril 2008.

La industria era el eje de las comunidades locales. Su brusca desaparición de lugares como Dewsbury Moor causó un desempleo masivo durante los años ochenta. Hoy la tasa oficial de paro en la zona es solo un punto superior a la media nacional. Pero esta estadística es profundamente engañosa. Si se excluye a la gente que estudia a tiempo completo, más de un cuarto de los que viven al oeste de Dewsbury son clasificados como «económicamente inactivos». Eso es alrededor de un 10% superior a la media. La razón principal es que muchos de los que perdieron sus trabajos fueron oficialmente clasificados como enfermos o incapacitados, en un proceso común a todas las áreas que, como Dewsbury, perdieron sus industrias en los años ochenta y noventa. Es difícil sostener que esto simplemente se debe a que son vagos y parásitos. A finales de 2008, el Gobierno anunció planes para poner a trabajar a 3,5 millones de beneficiarios de prestaciones. Al mismo tiempo calcularon que solo había en torno a medio millón de empleos disponibles, la cifra más baja jamás registrada. La gente está sin trabajo en sitios como Dewsbury Moor simplemente porque no hay empleos suficientes.

Está claro que la caricatura *chav* personificada por Karen Matthews ha arraigado profundamente en la sociedad británica. Cada vez más de nosotros elegimos creer que las víctimas de los problemas sociales son, en gran parte, responsables de causarlos. Tres cuartas partes de nosotros, por ejemplo, pensaba que la diferencia entre los ingresos altos y bajos era «demasiado grande» en 2006, pero poco más de un tercio estaba a favor de gastar más en prestaciones sociales para los pobres. Mientras que casi la mitad de nosotros creía que una pareja de desempleados debería clasificarse como «precaria» en 1986, ese porcentaje cayó hasta poco más un tercio hacia 2005. Más sorprendente aún es que, mientras que solo el 19% creía que la pobreza se debía a la vagancia o a la falta de voluntad en 1986, la cifra había subido al 27% veinte años después.[54]

[54] Alison Park *et alii*, eds., *British Social Attitudes: The 24th Report*, Londres, 2008, p. 242.

Lo llamativo de estas cifras es que se han producido en una época en que la desigualdad ha aumentado tan marcadamente y ha descendido la movilidad social. El coeficiente Gini —empleado para medir la desigualdad general de los ingresos en Gran Bretaña— se evaluó en 26 en 1979. Hoy ha subido a 39. No es solo que esta creciente división social propicia que los de arriba ignoren cómo viven otras personas. Como hemos visto, deshumanizar a los menos pudientes hace más fácil justificar un nivel creciente y sin precedentes de desigualdad social. Después de todo, admitir que unas personas son más pobres que otras debido a la injusticia social inherente a nuestra sociedad requeriría la actuación del Gobierno. Defender que la gente es en gran parte responsable de sus circunstancias favorece la conclusión contraria. «Estamos desarrollando una cultura en la que es aceptable y totalmente normal hablar de la clase obrera blanca en un lenguaje muy deshumanizado, y esto es un síntoma común de una sociedad altamente desigual», advierte Johann Hari. «Si vas a Sudáfrica o a Venezuela —o a otros países latinoamericanos con una mínima élite acomodada—, para ellos es normal hablar de los pobres como si no fueran muy normales o en cierto modo infrahumanos.»

El caso Shannon Matthews arroja una inquietante luz sobre la Gran Bretaña actual. No provocó desprecio hacia la gente de clase trabajadora. Simplemente puso al descubierto prejuicios que habían proliferado en nuestra sociedad. La histeria en torno al caso muestra que se puede decir prácticamente cualquier cosa de los caricaturizados como *chavs*. De algún modo se ha convertido a un sector enorme de Gran Bretaña en cómplice de delitos en los que no tenía nada que ver. Sin políticos ni periodistas de clase media que mostraran interés alguno por dar una plataforma a la realidad de las comunidades de clase obrera, las vidas permanentemente disfuncionales de una exigua minoría de individuos se ha presentado como un caso de estudio de la vida actual fuera de la denominada «Inglaterra media». Los *chavs* han empezado a ser más despreciados que prácticamente cualquier otro colectivo.

¿De dónde proviene este odio? Ciertamente no hay nada nuevo en verter bilis contra los que están en lo más bajo de la escala social. Algunos teológos del siglo XVII deploraban la «caridad errónea e indiscriminada» concedida a pobres que eran «la verdadera escoria, mugre y sabandijas de la comunidad».[55] En el siglo XIX, las duras leyes de pobres recluyeron a los indigentes y desempleados en asilos donde trabajaban sin descanso en condiciones infernales, y los comentaristas debatían si la respetable clase trabajadora estaba dando paso a un vicioso colectivo al que llamaron «residuum». El nacimiento de la eugenesia a principios del siglo XX llevó incluso a algunos que se consideraban de izquierdas a defender la esterilización de los pobres «no aptos», e incluso su exterminio.

El vapuleo a los *chavs* se inspira en una larga e innoble tradición de odio de clase, pero no puede entenderse sin atender a acontecimientos más recientes. Ante todo, es el hijo bastardo de una muy británica lucha de clases.

---

[55] Whitney Richard David Jones, *The Tree of Commonwealth 1450–1793*, Londres, 2000, p. 136.

02

Luchadores de clase

«...unos predican una lucha de clases, otros la practican vigorosamente.»

GEORGE BERNARD SHAW,
Regreso a Matusalén

sin trabajo seguro y bien pagado, y la gente que las compone continuará siendo demonizada por ello. Los niveles de vida seguirán estancándose y decayendo, aun cuando los ricos se forren como nunca. Cada vez menos gente de clase trabajadora se tomará la molestia de votar. El populismo de derechas explotará la creciente ira y desilusión por el modo en que se ha empezado a despreciar tanto a la clase trabajadora. Los políticos dominantes continuarán centrando sus energías en satisfacer las demandas de una próspera y pequeña élite, al tiempo que se muestra cada vez más indiferente a las necesidades de una clase trabajadora cada vez más apática. Los políticos volverán a la misma situación del siglo XIX: esencialmente, una discusión familiar entre facciones ricas que compiten entre sí.

En su centro, la demonización de la clase trabajadora es el flagrante triunfalismo de los ricos que, libres ya del desafío de los de abajo, ahora los señalan y se ríen de ellos. Y puesto que este Gobierno liderado por los conservadores sigue adelante con un programa de recortes que hace pagar a la clase trabajadora por los delitos de la élite, tienen mucho de lo que reírse.

Pero no tiene por qué ser así. La locura de una sociedad organizada en torno a los intereses de plutócratas se ha puesto de manifiesto por una crisis económica provocada por la codicia de los banqueros. La nueva política de clases sería un comienzo, al menos para construir un contrapeso a la hegemónica e incontestada política de clase de los ricos. Quizá entonces sea posible otra vez una nueva sociedad basada en las necesidades de la gente, más que en el beneficio privado. La clase trabajadora se ha organizado en el pasado para defender sus intereses; ha exigido que se la escuche y arrancado concesiones de manos de los ricos y poderosos. Por mucho que se la ridiculice o ignore, volverá a hacerlo.

Epílogo a la segunda edición inglesa

Nadie esperaba que *Chavs* atrajera tanto interés como el que suscitó en Gran Bretaña. Y —de haberse *pub*licado incluso tres o cuatro años antes— dudo que lo hubiera hecho. Pero el impacto no se debía a un título provocativo o a mis habilidades como escritor. El perfil del libro tenía mucho con ver con el hecho de que la clase ha vuelto en venganza.

Durante el largo *boom* británico de los años noventa y 2000-10, al menos era posible pretender que la clase social había dejado de existir, que «ahora todos somos de clase media», como dicen los políticos y los gurús de los medios de comunicación. El exprimer ministro Gordon Brown había declarado el principio de una fase de grandes altibajos económicos, y parecía que se avecinaba un futuro con niveles de vida cada vez más altos para todos. En una época de caos económico, este periodo parece una edad dorada, aunque ahora sepamos que estaba construido sobre arena. Sí, era cierto que los sueldos reales se habían estancado para la mitad inferior de la población y se habían rebajado para el tercio inferior de 2004 en adelante, es decir, cuatro años antes de que empezara la crisis económica. Pero el crédito fácil y barato ayudaba a camuflar las crecientes divisiones de clase en Gran Bretaña, que, pese a la arrogancia de la élite política y mediática, estaban más arraigadas que nunca.

Chavs fue concebido como mi contribución —por limitada o modesta que fuera— a acabar con el silencio cómplice sobre la clase social. Pero, inesperadamente, empujó una puerta que ya estaba abierta. La crisis económica ayudó a llamar nuevamente la atención sobre el injusto reparto de riqueza y poder en la sociedad.

A lo largo de 2011, los niveles de vida del británico medio cayeron al ritmo más rápido desde los años veinte. El Grupo de Acción contra la Pobreza Infantil advirtió de que las familias pobres se enfrentaban a un «triple infortunio» de recortes en las prestaciones, ayudas y servicios. «La herencia del Gobierno amenaza con ser el peor registro de pobreza de cualquier Gobierno para una generación», alertó la organización.

Pero seguía siendo una época de vacas gordas para los de arriba. El sueldo de los consejeros de las cien empresas más importantes de Gran Bretaña se disparó un 49% en 2011; el año anterior había subido un 55%. La riqueza de los mil británicos más pudientes se incrementó en un 20% un año después de aumentar un 30%, el mayor aumento nunca registrado. El ministro de Hacienda conservador George Osborne había afirmado que «todos estamos juntos en esto». Al tiempo que esta afirmación oscilaba entre lo absurdo y lo insultante, negar la existencia de la clase social se convertía en una forma de decir que la tierra es plana.

Aunque yo quería incitar a un amplio debate sobre la clase social, el título del libro se reveló conflictivo. Para algunos críticos, el libro no reconocía que el objeto de demonización era un identificable subgrupo de indeseables —una subclase sin trabajo vestida de Burberry—, más que el conjunto de la clase trabajadora. En ocasiones me enfangué en discusiones sobre los orígenes y definición del término *chav*. Puesto que había llenado la portada con esta palabra, habría sido impúdico negarme a participar en ese debate. Pero el libro no trataba de la palabra en sí. Su objetivo era cuestionar el mito de que «ahora todos somos de clase media»; que casi toda la vieja clase trabajadora había tenido «aspiraciones» y se había incorporado a la «Gran Bretaña media» (fuera ´´esta lo que fuera), dejando atrás un residuo irresponsable y problemático, a menudo racializado y descrito como la «clase trabajadora blanca». *Chavs* era el término —englobador de toda una serie de connotaciones peyorativas— que mejor resumía esta caricatura. El libro estaba apuntando a una falsa dicotomía.

Poco después de la *pub*licación de *Chavs*, un estudio de la empresa de sondeos BritainThinks reveló cuán demonizada se había vuelto la identidad de la clase trabajadora. Como apuntaba *Chavs*,

la mayoría de las encuestas ha mostrado sistemáticamente entre un 50 y un 55% de británicos que persistían en declararse de clase trabajadora, pese al mantra de que «todos somos de clase media» con que se les había machacado. Pero BritainThinks revelaba que el 71% se identificaba como de clase media, mientras que solo el 24% optaba por la clase trabajadora. ¿La explicación? Según Deborah Mattinson, de BritainThinks, un exencuestadora de Gordon Brown:

> Existía la convicción en los grupos de discusión de que la noble tradición de una diligente y respetable clase trabajadora se había extinguido. Por primera vez, vi la etiqueta «clase trabajadora» utilizada como injuria, equiparada a otros insultos clasistas como *chav*. Pedí a miembros de grupos de discusión que me hicieran *collages* utilizando recortes de periódicos y revistas para mostrar qué era la clase trabajadora. Muchos eligieron imágenes muy poco atractivas: exceso de colores chillones, cirugía estética malograda, ropa chabacana de marca, alcohol, drogas y glotonería.

Miembros de un grupo de discusión se identificaron como de «clase media»; otro optó por la «clase trabajadora». Sus orígenes, trabajos e ingresos eran casi los mismos. La diferencia residía en que los que se consideraban de «clase media» estaban intentando distanciarse de una identidad poco apetecible en favor de otra con una imagen asombrosamente positiva. Como dice Deborah Mattinson: «Por contraste, ser de clase media, bueno, implica tener un poco de estilo». La etiqueta «clase trabajadora» ya no era algo de lo que la gente podía sentirse orgullosa. Al contrario: en la práctica se había convertido en sinónimo de *chav*.

La minoría que sí se consideraba de clase trabajadora se esforzó por encontrar imágenes actuales positivas para expresar su propia identidad. Se propusieron los años sesenta como el apogeo de la clase trabajadora británica. Al pedirle que definiera qué significaba ser de clase trabajadora, uno respondió: «Significa ser pobre».

Éstas eran algunas de las consecuencias de las fuerzas políticas y sociales que *Chavs* había intentado identificar. Primero, el asalto thatcherista a muchos de los pilares de la clase trabajadora británica. En segundo lugar, un consenso político establecido

por el thatcherismo: que todos debíamos aspirar a ser de clase media, y que ser de clase trabajadora ya no era algo de lo que enorgullecerse. En tercer lugar, la casi desaparición de imágenes positivas de la clase trabajadora en los medios de comunicación, en la televisión y en el mundo político en favor de grotescas caricaturas *chavs*.

Chav es un término utilizado por diferentes colectivos de la sociedad británica. Puesto que prácticamente nadie se autoidentifica como *chav* —salvo en broma—, no es una subcultura claramente reconocible como los góticos o, antes que ellos, los *mods* o los *rockers*. Casi siempre es un insulto impuesto a un individuo sin su consentimiento. Como tal, su significado exacto varía dependiendo de quién lo diga y del contexto en que se utilice. Dicho esto, es innegable que se emplea de forma clasista, como refleja el libro.

Véase ChavTowns (Ciudades *chavs*), un sitio web bastante nauseabundo que —me enorgullece decirlo— ha añadido mi nombre en sus anuncios. Comunidades enteras son ridiculizadas como ChavTowns. Mi propia ciudad, Stockport (un antiguo pueblo industrial del norte de Inglaterra) se lleva unos cuantos palos de manos de individuos anónimos que rezuman puro odio de clase. «En honor a la verdad, Stockport tiene algunas zonas muy prósperas. Desgraciadamente, también tiene una cuota mayor de las costrosas», dice uno. Otro que ataca a la población local se queja de forma parecida: «Debo reconocer que me avergüenza tener que escribir Stockport en mi dirección, pese a pertenecer a uno de sus barrios más agradables (sí, existen)». Otro mensaje se ensaña con la gente que vive en los barrios de protección oficial de Stockport, escrito por alguien que los describe como vecinos del «encantador pueblo de Cheadle Hulme».

Pero eso no significa que esta demonización sea directa. En su reseña del libro, Lynsey Hanley —autora del brillante *Estates*— sostenía que el odio clasista no es un camino de sentido único, sino un «proceso colusivo y a menudo sutil que degrada a todos. De hecho, buena parte de la arremetida contra los *chavs* se da en barrios de clase trabajadora, en parte por la división ancestral entre los que aspiran a la respetabilidad y los que la desprecian».

La «caña a los chavs» puede ser la manifestación de frustración y de elementos antisociales en comunidades de clase trabajadora. *Chavs* trataba de situar el comportamiento antisocial en un contexto social y económico. Al tiempo que es importante hacer esta aclaración, también es cierto que el comportamiento antisocial y la delincuencia son problemas de clase: es más probable que ambos afecten a gente de clase trabajadora que a la de clase media. Las víctimas —como es de esperar— sienten poca compasión por sus agresores, especialmente si comparten circunstancias económicas igualmente difíciles pero no reaccionan del mismo modo.

También hay una presunción injustificada de que la hostilidad hacia quienes «trampean con las prestaciones» está reservada a los lectores del *Daily Mail*, el tipo de gente que atisba tras los visillos para echar pestes de los gays y los gitanos. Pero si eres alguien que va tirando en un trabajo mal pagado, y crees que calle abajo hay alguien que vive a tu costa, eso puede enfurecerte más que a cualquier otro. Es un ejemplo inmemorial de los «pobres contra los pobres», y los políticos y periodistas de derechas lo explotan sin piedad. La prensa sensacionalista busca con denuedo hasta encontrar ejemplos extremos de «defraudadores de prestaciones» y los hace pasar por representativos de un problema mayor. El «gorrón» se ha convertido en la imagen pública de los parados en Gran Bretaña.

Eso no significa que no haya una interpretación de por qué ha aumentado el desempleo de larga duración. Como dijo uno de los que se consideraba de clase trabajadora en el estudio de BritainThinks: «Ahora tenemos la generación subsidiada que empezó cuando Thatcher cerró todas las industrias». *Chavs* trataba de exponer algunas de las réplicas a las exageradas historias de «fraude asistencial». Este representa menos del 1% del total del gasto del Estado de bienestar, y más de 60 veces menos que el fraude fiscal. A finales de 2011, el *Telegraph* informó de que había 23 demandantes de empleo por cada puesto vacante. Por cada trabajo en el comercio minorista había 42 solicitudes y, en los servicios al cliente, 46.[241] En

[241] «Number of job-hunters chasing every post jumps to 23», *Daily Telegraph*, 28 de diciembre 2011.

algunas comunidades, el panorama era aún más desolador. En Hull, hay 18.795 demandantes de empleo a la caza de 318 puestos de trabajo. Simplemente, no hay suficiente trabajo. Pero con la realidad desterrada en buena parte de los periódicos y las pantallas de televisión, y con los hombres de negocios que evaden impuestos como un concepto lejano y abstracto, plantear esto es un desafío.

La demonización también podría nacer de la inseguridad o «distanciamiento social». BritainThinks reveló que los que pertenecían a grupos más susceptibles de ser demonizados como *chavs* podían ser los más vociferantes a la hora de atacarlos. Un beneficiario de prestación por incapacidad de larga duración denunciaba a los *chavs* que supuestamente estaban explotando el sistema hasta agotarlo; lo mismo hicieron dos madres adolescentes en paro. Esto no es desprecio de clase: nace del miedo a ser incluido en un grupo demonizado. He aquí una fea consecuencia de la demonización de los parados y las madres adolescentes: puede ser expresada incluso por miembros de estos grupos.

En gran parte, la demonización es el resultado de un intento concertado por cambiar la opinión pública que se inició durante el thatcherismo. La pobreza y el desempleo ya no se veían como problemas sociales, sino más en relación con defectos individuales. Cualquiera podía salir adelante si se esforzaba lo suficiente, o eso decía el mito. Si la gente era pobre, es porque era vaga, no gastaba el dinero como debía o no tenía aspiraciones.

A finales de 2011 se *pub*licó la última Encuesta sobre Actitudes Sociales, que demostró lo exitoso que ha sido este proyecto. Aun cuando la crisis económica hacía crecer las filas de los pobres y desempleados, las actitudes hacia ellos se habían endurecido. Con casi 2,7 millones de personas sin trabajo, cerca de la mitad de los encuestados creía que las prestaciones por desempleo eran demasiado altas y disuadían a la gente de buscar trabajo. Naturalmente, pocos habrían sabido por los periódicos o la televisión que la prestación por desempleo era de solo 67,50£, e incluso menos para los menores de 26 años. Otro 63% creía que un factor crucial de la pobreza infantil eran los padres «que no quieren trabajar». La arremetida thatcherista, la negativa neolaborista a desafiar el dogma conservador sobre los problemas sociales, y el ocultamiento de la realidad de la pobreza y el desempleo en los medios de comunicación... Con esta combinación, no es de extrañar que las actitudes hayan dado un giro a la derecha.

Y, naturalmente, esta mentalidad tiene consecuencias políticas. Si piensas que la pobreza y el desempleo son defectos personales más que problemas sociales, entonces ¿por qué tener Estado de bienestar? La Encuesta revelaba que el apoyo a la redistribución de la riqueza había caído hasta solo un tercio. La demonización sirve a un fin útil en una sociedad dividida como la nuestra, porque promueve la idea de que la desigualdad es racional: es la mera expresión de la disparidad de talento y capacidad. Los de abajo supuestamente están ahí porque son estúpidos, vagos o, si no, moralmente cuestionables. La demonización es el espinazo ideológico de una sociedad desigual.

Otra crítica de *Chavs* decía que yo glorificaba una edad dorada que nunca existió, una visión de color de rosa de un mundo industrial que fue liquidado por el experimento thatcherista. Esa no era mi intención. El trabajo que desapareció a menudo era agotador, sucio e insano. Las mujeres quedaban a menudo excluidas de esos trabajos: y cuando los conseguían, no tenían el mismo estatus que los hombres. Había otro sinfín de problemas que un retrato idealizado escrito por un autor de veintitantos no abordaba.

No era un llamamiento a volver a esa época. Mi argumento era que muchas veces no se había llenado el vacío debidamente, y se había dejado a comunidades enteras privadas de trabajo seguro y respetado. Los nuevos empleos en el sector servicios son más limpios, menos arduos físicamente y no excluyen a las mujeres en el mismo grado (aunque las mujeres siguen concentradas desproporcionadamente en los trabajos peor pagados y más precarios). Pero ese trabajo a menudo no está tan bien pagado, no tiene el mismo prestigio y está más sujeto a la libre contratación y despido. Los centros de atención telefónica y los supermercados no forman la base de comunidades como lo hacían, digamos, la mina, la fábrica o el muelle. Pero yo no me refería a que mandáramos de nuevo a jóvenes a los pozos mineros. Solo por decir que lo que sustituyó a esas industrias era —en algunos aspectos importantes— peor, no significa que yo abogara por la vuelta a lo

que se perdió (y que, en cualquier caso, nunca volverá). De hecho, en mi último capítulo argumentaba que el trabajo en el sector servicios debía transformarse, y que había que sustituir los empleos cualificados y de sueldo medio por otra cosa.

Algunos apuntaron también que yo tenía una visión muy unidimensional de la clase trabajadora: es decir, que en realidad estaba hablando de la clase trabajadora masculina y blanca. Aunque no lo recalqué explícitamente, muchos de los ejemplos clave de figuras demonizadas que se hicieron pasar por representativas de colectivos más amplios eran mujeres (Karen Matthews y Vicky Pollard, por ejemplo). De hecho, el odio clasista y la misoginia a menudo se solapan. También quería subrayar la irrupción de las mujeres en el mercado laboral, aunque, por supuesto, hay que señalar que las mujeres siempre han trabajado, además de realizar gran parte de las tareas domésticas no remuneradas que los hombres tradicionalmente se han negado a hacer. «Una reponedora mal pagada y a tiempo parcial» era una de mis propuestas como símbolo de la clase trabajadora actual. No podemos entender la clase social sin el género; pero eso funciona también al revés. La liberación de las mujeres debe abordar la clase social: pero la retirada de la clase con frecuencia la ha eliminado de la agenda, aquí como en cualquier otro sitio.

Me sorprendió más aún la insinuación de que yo estaba hablando de la «clase trabajadora blanca». Uno de los objetivos del libro era desmontar este concepto. Aunque se suele considerar a los *chavs* figuras de clase trabajadora, hay que señalar que el libro se titulaba intencionadamente «la demonización de la clase trabajadora», en vez de «la clase trabajadora *blanca*». Mi argumento era que, tras mucho argüir que «todos somos de clase media», los medios de comunicación y los políticos empezaban a hablar otra vez de la clase trabajadora, pero desde el punto de vista racial. Los problemas de la «clase trabajadora blanca» se achacaban a su raza, más que a su clase. Pero *Chavs* rebatía esta imagen falsa. Después de todo, es probable que las comunidades y los lugares de trabajo de la clase obrera sean más variados étnicamente que sus equivalentes de clase media. Los problemas que afectan a los blancos de clase trabajadora —como la crisis de la vivienda, la falta de buenos empleos, derechos laborales precarios, niveles de vida cada vez más bajos, comunidades inseguras—, tienen que ver con la clase social, no con la raza. Son problemas compartidos por la clase trabajadora de todas las etnias.

Donde sí interviene la raza es en el hecho de que la clase trabajadora de etnias minoritarias sufre otras formas de opresión y explotación. La mayoría de británicos bangladesís y pakistanís, por ejemplo, vive en la pobreza; los negros tienen muchas más probabilidades de que la policía los pare para cachearlos. Un movimiento de masas debe abordar los problemas comunes a toda la clase trabajadora, pero no puede ignorar la opresión añadida que sufren los grupos minoritarios.

El otro argumento del libro sobre el racismo era que el populismo de extrema derecha —expresado mejor que nadie por el Partido Nacional Británico— se veía impulsado, sobre todo, por inseguridades sociales y económicas, aunque eso no significa que el racismo no forme parte de ello. Pese a las grandes victorias del movimiento antirracista, el prejuicio, la intolerancia y la discriminación siguen siendo problemas enormes en cualquier nivel de la sociedad británica.

Otra crítica apuntaba que un libro con una premisa interesante se veía entorpecido por un rencor desfasado hacia el thatcherismo. Como decía Philip Hensher en el *Spectator*: «La proliferación del desprecio por las clases trabajadoras urbanas es un tema importante, pero se pierde aquí bajo un revoltijo de quejas a la vieja usanza contra Margaret Thatcher, como si a alguien le importara todavía». No tiene sentido negar mi profunda antipatía por el thatcherismo, y difícilmente se puede acusar al libro de esconderlo. Pero *Chavs* trataba, ineludiblemente, del legado de los años ochenta del thatcherismo. No creo que sea posible separar el desprecio clasista de tendencias sociales y políticas más amplias. Uno de los argumentos principales del libro era que este nuevo clasismo tenía que ver más que nada con una ofensiva contra la clase trabajadora británica: incluyendo sindicatos, industrias, vivienda, comunidades y valores. Seguimos viviendo en la Gran Bretaña fraguada por el thatcherismo, así que una crítica semejante difícilmente puede desecharse calificándola de «quejas a la vieja usanza».

Algunos señalaron también que el libro adolecía de fundamentos teóricos. No me disculpo por ello. Aunque ha habido una retirada de la clase social tanto entre los estudiosos como entre la gente de izquierdas, aún se *pub*lican obras al respecto. Desgraciadamente, su lectura queda limitada en buena medida a círculos reducidos. El objetivo de *Chavs* era urgir a pensar sobre la clase a un público masivo. La otra intención era promover ideas de izquierdas en un momento en que la izquierda está muy debilitada. Por eso se escribió de manera que resultara accesible sin ser condescendiente, y a la vez transmitiera fielmente sus argumentos. Ese era el principal objetivo, y espero haberlo cumplido.

Todas estas críticas formaban parte de un debate más amplio. Suscitar una discusión sobre la clase social —tanto si la gente estaba en completo desacuerdo conmigo como si no— era exactamente lo que se pretendía. Pero el debate dio un giro inesperado a los dos meses de *pub*licarse el libro. Durante unos pocos días de agosto, pareció que Inglaterra estuviera sumida en un abismo de caos social, y la demonización sobre la que yo había escrito proliferó como nunca.

* * *

Se supone que agosto es el punto álgido de la «temporada boba» en Gran Bretaña. Con el receso parlamentario, los canales de noticias terminan poniendo historias de animales que hacen cosas ridículas, con la ayuda extra de cotilleos y especulaciones falaces sobre un futuro amenazante para el líder del partido. Pero 2011 fue un año bastante atípico. En un año convulso, se canceló la «temporada boba» y comunidades de toda Inglaterra se vieron abrumadas por disturbios, saqueos e incendios.

Los disturbios empezaron después de que la policía matara a tiros al joven de 29 años Mark Duggan en el distrito londinense de Tottenham. Duggan era negro, y la relación entre la comunidad negra local y la policía tiene una historia cargada de tensión en ese distrito. En 1985, después de que Cynthia Barret —una mujer negra— muriera durante una redada policial en su casa, Tottenham estalló en los disturbios de Broadwater Farm. El agente de policía Keith Blakelock fue asesinado durante la revuelta. Era la primera muerte de un policía en unos disturbios en 150 años. Aunque las relaciones han mejorado desde entonces, algunos —sobre todo jóvenes negros— se quejaban de sentirse acosados por la policía. Una persona negra tiene 26 veces más probabilidades que un blanco de ser parado y cacheado por la policía en Inglaterra y Gales.[242] La policía ocultó el cuerpo de Duggan a la familia durante 36 horas; los informes iniciales de que había disparado contra la policía fueron ampliamente cuestionados y posteriormente desacreditados. Cientos de personas se congregaron en protesta pacífica frente a la comisaría de Tottenham el sábado 6 de agosto, pero en cuestión de horas el ambiente se había caldeado. Los británicos despertaron al día siguiente con imágenes de caos y escombros humeantes en la calle principal de Tottenham.

Lo que ocurrió a continuación fue una alteración de la normalidad completamente inesperada (y aterradora) para la mayoría. El lunes, los disturbios se habían extendido a mi propio distrito londinense, Hackney: era mi cumpleaños y, con los brindis rápidamente disueltos mientras algunos amigos volvían corriendo a casa, pasé en bici por tiendas cerradas con tablas en Kingsland Road defendidas por grupos de turcos. De Barnet a Croydon, los comercios de Londres fueron saqueados e incendiados, mientras una multitud de alborotadores arrasaba las calles. Pero aquellos ya no eran los disturbios de Londres. El lunes y el martes, la revuelta se extendió a otras ciudades inglesas: Birmingham, Manchester, Liverpool, Leeds, Nottingham y demás. La sensación de que el país estaba sumiéndose en el caos no era ni mucho menos histérica. «No hemos tenido tantos incendios desatados a la vez en Londres desde el bombardeo de la Segunda Guerra Mundial», decía la revista *Time*.[243]

[242] «Black people are 26 times more likely than whites to face stop and search», *The Observer*, 17 de octubre 2010.

[243] *Time*, 9 de agosto 2011.

En medio del caos, los comentaristas analizaron a los *chavs* desde una nueva perspectiva. En parte, supongo, debido a que el término *chav* estaba circulando para describir al alborotador, sobre todo en Twitter y Facebook. Fran Haley, el cantante del grupo de rock escocés Travis, describió los disturbios como la «primavera *chav*» en un *tuit*, en referencia humorística a la «primavera árabe». La cadena de gimnasios GymBox —que aparece en la introducción original de *Chavs* por sus clases de «Lucha Chav»— anunció que estaba cerrando temprano debido a una «plaga de *chavs*».

Pero, por encima de todo, se debía a que los disturbios arrojaban una nueva luz sobre la fracturada y dividida sociedad británica. Yo fui uno de los pocos comentaristas durante esa semana turbulenta al que se le pidió que cuestionara el discurso dominante de que aquello era delincuencia salvaje y punto. Cuestionar este consenso no era popular. La gente se sentía aterrorizada en sus comunidades, y Gran Bretaña estaba sumida en plena reacción airada. A los dos días de iniciarse los disturbios, el 90% de la población apoyaba el uso del cañón de agua; dos tercios querían que se mandara al Ejército y un tercio estaba a favor de emplear munición ligera contra los alborotadores. Los intentos de comprender lo que estaba pasando se consideraban intentos de justificación. Había pocas ganas de explicaciones sociales y económicas del desorden que estaba arrasando las ciudades inglesas. La gente solo quería sentirse a salvo y que se castigara a los culpables.

Sin darme cuenta, me vi en el centro de uno de los episodios más feos de la reacción. Junto a la escritora Dreda Say Mitchell, me enfrentaron al historiador tudoriano David Starkey en el informativo nocturno. En una intervención ahora tristemente célebre, Starkey empezó citando el discurso de Enoch Powell sobre los «ríos de sangre» que advertía que la inmigración engendraría un caos violento. Powell se equivocó en su predicción de que acarrearía violencia entre comunidades, admitió Starkey. Más bien, lo que él llamaba la «cultura negra» había convertido a los blancos en macarras vandálicos. «Los blancos se han vuelto negros», afirmó.

Starkey estaba intentando que los negros pagaran el pato por lo sucedido, empleando un argumento retorcido para soslayar

el hecho de que la mayor parte de los alborotadores no eran negros. Esta diatriba cada vez más desconcertante —pero claramente programada— tomó un giro aún más alarmante cuando afirmó que si alguien escuchara al prominente diputado laborista David Lammy sin verle, concluiría que era blanco. Yo me quedé paralizado ante la escena que se desplegaba ante mí, pero respondí que él estaba equiparando negro con delincuente y blanco con respetable.

Lo que me aterrorizaba de aquel incidente eran las posibles consecuencias. ¿Podía convertirse David Starkey en un nuevo Enoch Powell, mientras se despreciaba a críticos como yo al considerarnos una «élite liberal» que arremetía contra un valiente historiador por decir la verdad? ¿Se harían chapas y camisetas con la frase «Starkey tiene razón»? ¿Habría marchas en su apoyo, como las hubo en 1968 cuando Powell fue despedido de su cargo en la oposición por su intolerancia racista? Sin duda su argumento racista despertaba simpatías, expresadas en llamadas de telespectadores y foros de Internet. Mi miedo era que había introducido la raza en un momento de crisis nacional, cuando la gente estaba enfadada y asustada. Pero las simpatías que suscitara no se dejaron sentir con especial fuerza u hondura. Las luchas del movimiento antirracista habían cambiado Gran Bretaña, y las divagaciones de un intolerante historiador tudoriano no iban a revertir eso.

Otro blanco de la reacción era un objeto tradicional de intolerancia: la madre soltera. «Hijos sin padres» era uno de los factores identificados por el primer ministro *tory* David Cameron; fue una cuestión evocada por los comentaristas de derechas. El periódico *Express* parecía no ver ninguna contradicción en afirmar que «hemos criado hombres irresponsables que transmiten a sus hijos los mismos errores» y, en otro párrafo, que «la paternidad es el factor individual más destructivo en la sociedad actual». Sonaba a los argumentos del reaccionario pseudosociólogo estadounidense Charles Murray, que afirmaba que la creciente ilegitimidad entre las «clases bajas» había producido una «nueva chusma». Esto era demonización clásica, que reduce todos los problemas sociales a supuestos defectos individuales y fallos comportamentales.

Pero el elemento dominante de la reacción era la vuelta a la palabrería sobre una «subclase salvaje», la idea de unos pobres indignos llevada a otro nivel: no solo eran indignos, eran como animales. Algunos comentaristas llevaron esta retórica a su extremo lógico. El periodista de derechas Richard Littlejohn utilizó su columna del *Daily Mail* para describir a los alborotadores como una «jauría de salvajes vagabundos y callejeros de zonas marginales», y pedía que fueran apaleados como «crías de foca». La «subclase» ya no consistía simplemente en unos irresponsables, sino que rebosaba animales semienloquecidos. La idea de una mayoría de clase media frente a un residuo problemático apareció de forma destacada en los comentarios posteriores a los disturbios. Según el secretario conservador para el Trabajo y las Pensiones, Iain Duncan Smith: «Demasiada gente se ha mantenido ignorante de la verdadera naturaleza de la vida en algunos de nuestros barrios de protección oficial. Esto se debía a que habíamos aislado muchos de esos problemas, manteniéndolos fuera de la vista de la mayoría de clase media».

En el ambiente febril que siguió a los disturbios, el Gobierno propuso que los alborotadores fueran desalojados de sus viviendas municipales. Eso incluiría a sus familias, y equivaldría de ese modo a un castigo colectivo. «Debería ser posible desalojarlos y mantenerlos así», dijo Cameron a los diputados, y algunos ayuntamientos —como los de Nottingham, Salford y Westminster— anunciaron su intención de hacerlo. Se desvelaron más planes: que se podrían cortar las prestaciones a quienes cometieran un delito. En primer lugar, se metía en el mismo saco a los alborotadores, los inquilinos de vivienda protegida y los beneficiarios de prestaciones, lo que reforzaba la idea de una «subclase salvaje». Pero eso también sentó un precedente en la Gran Bretaña de Cameron: que si eras pobre y cometías un delito, te castigarían dos veces.

Los casos se llevaron rápidamente a los tribunales, pero las sentencias tuvieron más de represalia que de justicia. «Madre de dos hijos, no implicada en el desorden, condenada a CINCO meses de cárcel por aceptar unos pantalones robados en un tienda», alardeaba la cuenta de Twitter de la policía del área metropolitana de Manchester. «¡No hay excusas!» Posteriormente se vieron obligados a pedir

perdón. Nicholas Robinson, un hombre de 23 años sin antecedentes, fue arrestado durante seis meses por robar una botella de agua de 3.50£. Dos jóvenes fueron condenados a cuatro años de cárcel —más de lo que a muchos les cae por asesinato— por usar Facebook para alentar disturbios que nunca ocurrieron en sus ciudades.

Robas una botella de agua y te caen seis meses de cárcel. Pero ayuda a empujar al mundo a la crisis económica más catastrófica desde los años treinta y no esperes sufrir ninguna sanción legal. Incluso mientras gran parte del quebrado sistema financiero occidental sigue apuntalado por trillones de libras de los contribuyentes, ni un solo banquero ha terminado en el banquillo de los acusados. Y muchos de los políticos que clamaban justicia se habían agenciado, en el pasado reciente, dinero de los contribuyentes por valor de millones de libras. Dos años antes de los disturbios, se había descubierto a diputados que exprimían sistemáticamente el sistema de gastos. Solo tres terminaron entre rejas. Algunos habían malversado fondos para pagar el mismo tipo de televisores de pantalla ancha que se estaban robando en las tiendas durante los disturbios (bien es cierto que de forma más desordenada). Cuando se descubrió que el diputado Gerald Kaufman se había hecho reembolsar 8.750£ de dinero público por un televisor Bank and Olufson, simplemente se le pidió que lo devolviera. La Gran Bretaña posterior a los disturbios desmentía el mito de que el sistema de justicia británico está ciego a la riqueza y el poder.

Igual que la crisis económica causada por el mercado fue transformada en una crisis de gasto público, la reacción que siguió a los disturbios demostró lo eficaz que es la derecha manipulando crisis en su propio beneficio. Los disturbios se utilizaron una vez más para reforzar la visión de que los supuestos «problemas sociales» eran las consecuencias de fallos individuales, y de que había una salvaje y descontrolada subclase con la que había que lidiar.

Pero yo sentía que algunos de los temas analizados en *Chavs* eran evidentes en los disturbios. Semanas después de que hubiera vuelto la calma a las calles de Inglaterra, salieron a relucir hechos que cuestionaban el discurso dominante. Iain Duncan Smith había culpado a la cultura de bandas; sin embargo, solo el 13% de los arrestados eran pandilleros. Pero, según las cifras del propio

Gobierno, el 42% de los jóvenes implicados cumplían los requisitos para solicitar comidas escolares gratuitas, más de dos y veces media el promedio nacional. Los adultos arrestados tenían casi el triple de probabilidades de cobrar prestaciones de desempleo que el conjunto de la población. Casi dos tercios de los jóvenes alborotadores vivían en las zonas más pobres de Inglaterra. He ahí una pequeña muestra del floreciente fenómeno de la juventud pobre en Gran Bretaña.

Sería simplista afirmar que el paro y la pobreza habían causado la revuelta. Al fin y al cabo, la inmensa mayoría de los desempleados o pobres no participaron en ella. Pero hay un número creciente de jóvenes sin un futuro seguro que arriesgar. El paro juvenil afecta a uno de cada cinco, hay una crisis de vivienda asequible, los mayores recortes desde los años veinte, niveles de vida cada vez más bajos, el precio de las matrículas universitarias se ha triplicado y se han cancelado las becas de subsistencia para los estudiantes de familias pobres. Esta tormenta perfecta ha dejado a muchos jóvenes con muy pocas ilusiones. Por primera vez desde la Segunda Guerra Mundial, la siguiente generación tendrá una vida peor que la anterior. Obviamente, todos tenemos posibilidad de actuar y no respondemos de igual modo a la misma situación. Pero solo se necesita un pequeño porcentaje de jóvenes sin mucho que perder para responder con disturbios y saqueos a fin de traer el caos a las calles.

También es imposible ignorar el hecho de que los hombres figuraran de forma tan destacada entre los alborotadores. Nueve de cada diez detenidos eran hombres. La rápida desindustrialización y la desaparición de tantos empleos cualificados y de sueldo medio perjudicaron especialmente las vidas de hombres de clase trabajadora (puesto que este tipo de trabajo suele excluir a las mujeres). Una generación atrás, un joven de clase trabajadora podía dejar la escuela a los dieciséis años y tener una perspectiva decente de conseguir un puesto de aprendiz cualificado. Eso tal vez le abriera las puertas a un empleo cualificado y respetado que podía estructurar de algún modo su vida. Pero cuando estos empleos y los puestos de aprendiz que los sustentaban desaparecieron, el vacío nunca se llenó debidamente.

El hundimiento de la industria no era simplemente un fenómeno del Norte. También desaparecieron cientos de miles de puestos de trabajo en Londres, en su mayoría de la industria ligera. El Gabinete de la Presidencia compiló un informe sobre los disturbios, basado en entrevistas en cinco zonas sacudidas por la revuelta. En Tottenham, por ejemplo, el informe reveló que: «El declive de la industria local, y posteriormente del comercio minorista en su calle principal, se consideraban el factor responsable de la falta de puestos de trabajo. Los entrevistados describían la desesperanza de algunos jóvenes ante unas perspectivas limitadas.»[244] Además, esta desaparición de oportunidades ha afectado a buena parte de los jóvenes de clase trabajadora, y la inmensa mayoría no se ha amotinado. Pero con tantos que dejan los estudios sin muchas expectativas de futuro, no debería sorprendernos que una pequeña minoría reaccionara a sus sombrías perspectivas de ese modo.

Una combinación letal de desigualdad y consumismo también tenía algo que ver, indudablemente. En 1979, Gran Bretaña era una de las sociedades más igualitarias de Occidente. Después de tres décadas de thatcherismo, ahora es una de las menos igualitarias. Londres es una de las ciudades con más desigualdades del planeta: el 10% más pudiente acumula 273 más riqueza que el 10% más pobre.[245] No es como París, donde los ricos se concentran en el centro y es más probable encontrar a los pobres en la *banlieue* (la periferia). En Londres, los ricos y los pobres pueden vivir casi uno encima del otro. Los menos afortunados pueden ver a diario lo que nunca tendrán. Véase Clapham Junction, uno de los escenarios de los disturbios de agosto. Unos raíles separan el próspero sur de barriadas deprimidas al norte. «Si [los jóvenes] quisieran recordar alguna vez lo que no tienen, este es un buen lugar para hacerlo», dijo un «reponedor local» en el informe del Gabinete de la Presidencia.[246]

[244] Gareth Morrell *et alii.*, «The August riots in England: Understanding the involvement of young people», *National Centre for Social Research* (Octubre 2011), p. 13.

[245] Randeep Ramsesh, "London's richest people worth 273 times more than the poorest" (*The Guardian*, 21 de abril de 2010; en http://www.guardian.co.uk/).

[246] Morrell, «The August Riots», p. 17.

Gran Bretaña es una sociedad hiperconsumista. El estatus tiene mucho que ver con lo que poseemos o incluso con lo que llevamos puesto. La inmensa mayoría de los jóvenes quieren participar de este consumismo, pero se enfrenta a enormes obstáculos económicos para hacerlo. Lo que menos me sorprendió de los saqueos fue que se eligieran como objetivo las zapatillas de deporte. Cuando yo era chaval, eran todo un símbolo de estatus: tener un par cutre podía dejarte en ridículo. No es de extrañar, pues, que se saqueara Foot Locker, mientras Selfridges simplemente quedaba reducido a cenizas. Puede que los artículos fueran de más valor, pero no tenían relevancia para las vidas de los jóvenes: no acarreaban estatus.

La hostilidad hacia la policía era un factor importante. Desde los disturbios, he hablado con muchos jóvenes negros sobre sus experiencias con la policía. Como yo, nunca se les había acusado de un delito. Pero había una diferencia fundamental: mientras que a mí nunca me habían parado para cachearme, esa era una experiencia que ellos habían sufrido durante toda su vida. Uno me dijo que le cachearon por primera vez a los doce años cuando iba a comprar leche a su madre. A veces los policías se mostraban comprensivos e incluso casi azorados, pero otras eran agresivos y hasta amenazantes. Algunos policías actuaban como si «fuéramos la mayor banda del lugar», un sentimiento que afloró en las entrevistas con alborotados convictos. De hecho, las entrevistas con alborotadores realizadas por el estudio «La lectura de los disturbios» —una colaboración entre la LSE, la Fundación Joseph Rowntree y el *Guardian*— reveló que el sentimiento antipolicial se identificaba como la mayor causa singular de la revuelta.[247]

Naturalmente, muchos de los alborotadores se metieron porque vieron una oportunidad de robar «material gratis». Para otros suponía una emoción indirecta: la posibilidad de alardear delante de sus amigos y jactarse de que ellos participaban en la acción. Algunos simplemente fueron detenidos entre el gentío, con la sensación que las normas aceptadas socialmente se habían suspendido temporalmente. Otros consideraban la impúdica codicia de los banqueros y políticos, y pensaban que si los de arriba podían irse de rositas, ¿por qué ellos no? Y había otros que se sentían frustrados, enfadados, desilusionados o aburridos. Los motivos concretos podían variar: para algunos, era una combinación de razones. Pero lo que unía a los revoltosos y saqueadores del caluroso agosto inglés era la ausencia de nada importante que perder, y una falta de fe o una abierta antipatía hacia la policía local.

Nadie puede predecir si habrá una nueva oleada de disturbios. Pero es seguro que los recortes más drásticos desde los años veinte tendrán un efecto devastador en el tejido social británico. Cada vez más gente (de todas las edades) tendrá inevitablemente la creciente sensación de que le espera un futuro sombrío. En esas circunstancias, el enfado y la frustración aumentarán aún más. A menos que se organice y oriente políticamente, esto podría manifestarse de la forma más desagradable. De ser así, los disturbios de agosto serán un negro presagio de algo peor.

Aunque pocos olvidarán los disturbios, 2011 fue un año de gran dramatismo en todo el planeta por otras incontables razones: sobre todo, por una crisis económica cada vez más profunda y el coraje y la determinación de millones de árabes que se sublevaron contra las seniles y brutales tiranías que los gobernaban. Pero se produjo otro giro con profundas implicaciones para mis argumentos. *Chavs* era, en gran parte, una historia sobre la herencia de la derrota: es decir, las consecuencias del vapuleo sufrido por el movimiento sindical británico y por muchas comunidades de clase trabajadora en los años ochenta. Después de todo, yo había afirmado que la demonización era «el fragante triunfalismo de los ricos que, libres ya del desafío de los de abajo, ahora los señalan y se ríen de ellos». Sin embargo, al tiempo que mi libro aparecía en los estantes, ese triunfalismo estaba siendo atacado.

A finales de 2011, la revista *Time* nombró al «Disidente» como su «Personaje del Año». De hecho, ya se tratara de alzamientos contra déspotas asesinos o de manifestaciones masivas contra los recortes, la protesta hizo una de sus mayores reapariciones desde los años sesenta. Eso incluía también a Gran Bretaña, que experimentaba oleadas de manifestaciones, ocupaciones y huelgas.

[247] «Rioters say anger with police fuelled summer unrest», *The Guardian*, 5 de diciembre 2011.

Aunque no había, de momento, una amenaza seria a la situación de la élite pudiente, se había demostrado una vez más que era posible resistir.

La nueva era de disconformidad llegó a Gran Bretaña el 10 de noviembre de 2010, cuando el Sindicato Nacional de Estudiantes convocó una manifestación contra el proyecto de triplicar el precio de las matrículas. Solo se esperaba que acudieran en torno a 20.000 personas, pero ese día hubo 52.000 manifestantes. La mayoría de los que tomaron las calles se politizaba por primera vez, y la experiencia de marchar junto a otros jóvenes indignados era estimulante y fortalecedora. Un sector de la manifestación ocupó las Torres Millbank en Westminster, donde tiene sus oficinas el Partido Conservador. Aunque estas escenas se convirtieron en el foco de atención de medios de comunicación farisaicos, ansiosos por condenar la «violencia» (aunque nadie fue atacado), la ocupación se convirtió en un símbolo de resistencia para muchos jóvenes radicalizados. Pese a la falta de apoyo de la jefatura del Sindicato Nacional de Estudiantes, las semanas siguientes presenciaron una serie de protestas, y se organizaron docenas de ocupaciones en universidades de todo el país.

Entre la indignación moral y los primeros planos de ventanas destrozadas, los medios de comunicación pasaron por alto uno de los elementos más interesantes de las protestas. Muchos de los manifestantes más bulliciosos y decididos no eran estudiantes de clase media, sino adolescentes de clase trabajadora furiosos por la supresión de la beca de subsistencia estudiantil —el dinero que se daba a los de origen más pobre para que siguieran estudiando—. Muchos de ellos tenían la sensación de que un gobierno de millonarios les estaba cerrando la puerta en las narices. El periodista de la BBC Paul Mason llamó a las protestas «La Revolución Dupsted» por el tipo de música que sonaba a todo volumen en las protestas.[248] En general no eran estudiantes universitarios los que hacían resonar el *dupsted*, sino adolescentes de clase trabajadora. Antes se los menospreciaba como, en el mejor de los casos, una masa apática con pocos intereses aparte de *Factor X* y los iPhones; y, en el peor, como una amenaza social que debía contenerse. Pero ahí estaban, políticamente perspicaces, indignados y decididos a hacer oír sus voces largamente ignoradas.

Los estudiantes no impidieron que el Gobierno impusiera la triplicación del precio de las matrículas a través del Parlamento, pero demostraron que era posible resistir. Antes de que hubieran tomado las calles, el mito de la excepcionalidad inglesa seguía dominando tanto a la derecha como a la izquierda: eran los impetuosos griegos y franceses los que tomaban las calles, no los apacibles y moderados británicos. Eso representaba el ocultamiento deliberado de una muy británica historia de disidencia: desde la Revuelta Campesina del siglo XIV a la revolución inglesa del siglo XVII; de los cartistas del siglo XIX —el primer movimiento político de clase trabajadora del mundo— a las sufragistas. Los sindicatos —aún muy debilitados y faltos de confianza—miraban como espectadores más que interesados. Como dijo Len McCluskey, líder de Unite —el mayor sindicato del país—, los estudiantes han puesto a los sindicatos «en evidencia». Pero en 2011 les llegó su turno.

Mientras las medidas de austeridad comenzaban a hacer mella en los empleos y niveles de vida, el movimiento sindical hizo un llamamiento a una «marcha por la alternativa» el 26 de marzo de 2011. Era la mayor manifestación de trabajadores en más de una generación. La clase trabajadora británica, formada por cientos de miles de manifestantes, enfrentándose a un Gobierno que les estaba obligando a pagar una crisis en cuyas causas nada tenía que ver.

La protesta fue solo el comienzo. El Gobierno anunció «reformas» de las pensiones del sector público; «reformas» era un término cuyo significado hacía mucho que había cambiado de «progreso social» a «vuelta atrás en el tiempo». Con el argumento de que las pensiones del sector público se estaban volviendo insostenibles, se desvelaron planes para hacer que los trabajadores pagaran más y recibieran menos. Pero un informe del Gobierno escrito por el exministro ultrablairista John Hutton reveló que las pensiones del sector público caerían en proporción a la economía británica: en otras palabras, se fijaron de modo que fueran menos costosas. En todo caso, el dinero extra recaudado iría directamente a las arcas

[248] El *dupsted* es un tipo de música electrónica. *(N. del T.)*

del Tesoro, no a fondos de pensiones. Este era un impuesto causado por el déficit que se cargó a trabajadores del sector público, que iban desde empleadas de comedores escolares a profesores.

Explotando el hecho de que la cobertura de las pensiones del sector privado se había venido abajo durante la década anterior, hubo intentos cínicos de jugar a la política del «divide y vencerás» y enfrentar a los trabajadores entre sí. ¿Por qué deberían los trabajadores del sector privado sin pensión ninguna subsidiar las generosas liquidaciones del sector público? O eso decía el discurso político y mediático. He ahí la «carrera hacia los mínimos»: el argumento de que se deberían minar las pensiones del sector público, no sacar a relucir las del sector privado.

Era una provocación enorme, y el 30 de junio de 2011 cientos de miles de profesores y funcionarios fueron a la huelga. Pero mientras el Gobierno se negaba a hacer concesiones significativas, votaciones sindicales en todo el sector público apoyaron de forma aplastante la acción sindical. El 30 de noviembre, mujeres encargadas de ayudar a los niños a cruzar la calle, basureros, enfermeras y otros trabajadores se declararon en huelga. Fue la mayor oleada de acción sindical desde la huelga general de 1926. Tras los muchos obituarios escritos sobre el movimiento sindical, el poder colectivo de los trabajadores regresaba a la agenda política.

Chavs examinaba brevemente cómo la demonización de la clase trabajadora a finales de los años setenta revistió la forma de ataques a su supuestamente excesiva fuerza: «matones de los sindicatos toman el país como rehén», y cosas así. Pero actualmente se presentaban caricaturas de gente de clase trabajadora en forma de criaturas patéticas servidas como entretenimiento. Y sin embargo —después de una de las mayores demostraciones de poder del movimiento sindical en una generación—, hubo una tenue reminiscencia de la anterior demonización. Jeremy Clarkson —un gurú derechista que conduce coches para ganarse la vida— fue a la televisión a proponer que había que sacar a los huelguistas y dispararles delante de sus familias. Eso explotaba el miedo, e incluso el odio, profundamente arraigados en algunos sectores de la sociedad británica, hacia los trabajadores crispados.

Otros movimientos también ayudaron a poner de nuevo a la clase social en la agenda política. En octubre de 2011, los manifestantes contra las medidas de austeridad ocuparon Wall Street en Estados Unidos. Se inspiraban, en parte, en los indignados españoles que en mayo habían ocupado la plaza más importante de Madrid en protesta por la clase política; y estos, a su vez, habían seguido el ejemplo de los revolucionarios egipcios que habían tomado la Plaza Tahrir de El Cairo. Engendraron un movimiento «okupa» global, mientras se organizaban acampadas similares en cientos de ciudades de todo el planeta. Eso incluía Londres, donde se montaron tiendas en el exterior de la catedral de San Pablo. El eslogan clave del movimiento «okupa» era que «Somos el 99%»: la idea era que la inmensa mayoría tenía intereses diferentes y enfrentados a los del 1% más privilegiado.

Quizá no fuera una cifra exacta, pero eso no era lo importante: captaba un profunda sensación de injusticia que había arraigado desde el hundimiento de Lehman Brothers en septiembre de 2008. Sobre todo, servía como recordatorio de quién había causado la crisis económica y a quién se le estaba haciendo pagar por ella. Y halló eco. Una encuesta realizada por el ICM reveló que el 38% creía que «los manifestantes eran ingenuos; no hay ninguna alternativa práctica al capitalismo; la cuestión es ponerlo otra vez en marcha». Pero otro 51% coincidía en que «los manifestantes tienen razón en querer avisar del fin de un sistema que antepone los beneficios a las personas».

Gran Bretaña sigue en mitad de una crisis aparentemente intratable, y es difícil predecir con exactitud cómo evolucionará en los próximos años. Desde luego es cierto que la posición de la élite pudiente sigue siendo fuerte en todo el mundo, y que el futuro parece tremendamente sombrío para millones de trabajadores tal como están las cosas. Pero creo firmemente que la esperanza está en volver a la política de clase, es decir, rechazar la ficción de que «todos estamos juntos en esto», y en un reconocimiento de que, al tiempo que los trabajadores comparten los mismos intereses básicos, están en conflicto con los de arriba.

Chavs no trataba de la piedad, sino del poder. Si yo tenía un objetivo primordial, era poner de relieve la crisis central de la política actual: la falta de representación política de la clase trabajadora. Solo un movimiento organizado de trabajadores puede desafiar la locura económica que amenaza el futuro de amplios sectores de la humanidad. Pero ese movimiento es imposible a menos que se desmonten varios mitos: que todos somos esencialmente de clase media; que la clase es un concepto anticuado; y que los problemas sociales son en realidad los fallos de un individuo.

Mi libro era una contribución a eso, aunque pequeña. El cambio social no llega por los garabatos de escritores afines, sino por la presión popular desde abajo. Mientras un programa de austeridad cargado de ideología impone privaciones a comunidades de todo el país, sin duda habrá una determinación cada vez mayor de luchar por una alternativa. Los *tories* y sus prósperos seguidores serían temerarios si pensaran que ya han ganado. Todavía está todo por decidir.

Agradecimientos



OWEN JONES

En la Gran Bretaña actual, la clase trabajadora se ha convertido en objeto de miedo y escarnio. Desde la Vicky Pollard de *Little Britain* a la demonización de Jade Goody, los medios de comunicación y los políticos desechan por irresponsable, delincuente e ignorante a un vasto y desfavorecido sector de la sociedad cuyos miembros se han estereotipado en una sola palabra cargada de odio: *chavs*.

En este aclamado estudio, Owen Jones analiza cómo la clase trabajadora ha pasado de ser «la sal de la tierra» a la «escoria de la tierra». Desvelando la ignorancia y el prejuicio que están en el centro de la caricatura *chav*, retrata una realidad mucho más compleja: el estereotipo *chav*, dice, es utilizado por los gobiernos como pantalla para evitar comprometerse de verdad con los problemas sociales y económicos y justificar el aumento de la desigualdad. Basado en una investigación exhaustiva y original, este libro es una crítica irrefutable de los medios de comunicación y de la clase dirigente, y un retrato esclarecedor e inquietante de la desigualdad y el odio de clases en la Gran Bretaña actual. La edición incluye un nuevo capítulo que explora las causas y las consecuencias de los episodios de violencia que ocurrieron durante el verano de 2011 en Inglaterra.

«Jones hace una importante contribución a un reavivado debate sobre la clase social»

«Una obra apasionada, compasiva y moral»

ISBN: 978-84-940279-7-0





capitanswinglibros.com